

# Clarita y su mundo de Yupi

Laura Nuño



Clarita  
y su mundo  
de Yupi

**Laura Nuño**

# ***Sinopsis***

En el mundo de Yupi que Clarita se ha construido, ella es la princesa. Una mujer independiente, trabajadora, pijísima y un tanto loca que está cansada de tanta superficialidad, de que la traten como a la rubia tonta de las supertetas y de esperar a su Príncipe Azul.

Lo que no sabe Clarita es que éste aguarda en las sombras, un hombre borde pero tierno, prepotente pero humilde, que está esperando el momento oportuno para atacar y... enamorarla.

# ***Y esta, ¿quién es?***

Laura Nuño nació el 19 de Junio de 1976, allá en la Villa y Corte.

Estudió Ciencias Empresariales, y toda su trayectoria laboral se ha dirigido hacia el mundo del Marketing.

Sin embargo, es una apasionada de la historia, así como de la novela romántica, de la cual se considera una aficionada.

Esa afición – y el reto que le lanzó un demonio interior – la llevaron a escribir su primera novela. Alentada por familiares y amigos, escribió una segunda, Entre dos Bandos, del género Histórico-Romántico, que saldrá a la venta la primavera del 2013 de manos de la Editorial Drakul.

Fue una de las ganadoras del concurso de “100 microrrelatos de amor y un deseo satisfecho”, promovido por la Editorial Eridé, con el microrrelato “La Reunión”, publicado en el libro homónimo.

En el I Concurso de relatos de terror de EAutores quedó finalista con el relato “Compañero de viaje”, que será publicado en un recopilatorio esta primavera.

“Despertar a tu lado”, fue seleccionado para formar parte de la antología de relatos de romántica adulta “150 Rosas”, de la Editorial Divalentis.

Colabora ocasionalmente con la Revista RománTica'S, y con la Revista Literaria “Palabras” con dos de mis relatos más eróticos.

“Clarita y su mundo de Yupi” es la primera NOvela con la que la autora ha querido darse a conocer a través de Amazon.

Podéis conocerla un poquito más en su blog:

**<http://www.lalanuno.blogspot.com>**

# **¡AVISO!**

No espere la lectora (o el lector, que alguno habrá) encontrar entre estas páginas una novela convencional.

Ni siquiera la llamaría yo NOvela.

Más bien es la recopilación de una serie de microrrelatos o, ¡qué coño!, la fiesta que se han montado unos pequeños desvaríos que tienen un único tema en común:

Clarita.

La culpa de que me quedara preñada de Clarita la tiene Twitter. Todo comenzó cuando creí descubrir (y digo bien, creí) para qué servía esta red social en auge. Allí la gente, unos más cuerdos, la mayoría como una puñetera cabra, se estrujaban los sesos para ver quién decía la frase más ingeniosa, más profunda y, si me apuras, más payasa. Y yo, que tengo algo de ingeniosa, un pelín de profunda y un muchín de payasa, me sumé a la fiesta.

Hasta que descubrí que 90 caracteres se me quedaban cortos.

Clarita fue, durante un tiempo, una vía de escape, el refugio de mis chorradas, los oídos prestos a soportar mis distintos estados de (mal)humor. Era mi amiga, mi alter ego, aquella en la que transformarme cuando a Laura le tocaban los cojones.

Pero entonces vino ÉL y... lo puso todo patas arriba.

Poco a poco fue tomando protagonismo, a medida que enamoraba a Clarita (y a mí) y a medida que la sacaba de sus

casillas (¡y a mí!), hasta que la tensión entre ellos fue tal, que me vi obligada a que los relatos fuesen cada vez menos micros, y más macros. Y cada vez más, y más y más...

Y este, amig@s, es el resultado.

¡Ea, a disfrutarla!

# ***Dedicatoria***

A mis nenis, las locas que, a fuerza de animarme, han hecho posible este proyecto. A unas, por alentarme desde el principio a que continuara con la historia de Clarita. A otras, por despertarme el gusanillo de la autopublicación.

A Barb... por todo el trabajo técnico.

Que sí, melli, que no me puedo olvidar de ti...

A Nekane.

Pero...

Sobre todo, por encima de todas las cosas, esto se lo dedico...

A mi ÈL particular. La razón de mi existir. Mi niño. Mi todo.

A Jose.



# ***Banda sonora (o cuasi índice)***

Who's that girl? Madonna

Sweet child of mine. Guns N'Roses

Material Girl . Madonna

Vive mirando una estrella/ Standby. Extremoduro

Dame una cita / Santa Lucía. Miguel Ríos

Where are you been? Rihanna

Wicked game. Chris Isaak

My favourite game. The Cardigans

Todos me dicen. Extremoduro

Nothing else matters. Metallica

Poison . Alice Cooper

Everytime we touch. Cascada. BSO El diario de Noah

Mi gran noche. Raphael

Something stupid. Frank Sinatra

Estar contigo. Alex Ubago

The power of goodbye. Madonna

Mi casa está donde estás tú / Los mismos clavos. Marea

# ***Who's that girl?***

¿Quién es, esa chica? /Whose that girl?

Señorita, más fina / Whose that girl?

Madonna

—¡A ver si miras por dónde vas, niñata! —exclama el hombre enfundado en un traje de Armani cuando un revoltijo de cabellos dorados lo arrolla.

— Uy, perdón, caballero. Es que tengo la fea costumbre de no fijarme en cosas insignificantes.

El hombre parpadea, incrédulo. Ha registrado las palabras. Sabe que son un insulto, en toda regla. Rezuman a sarcasmo, a segundas y malvadas intenciones, a sabelotodísmo en estado puro.

Entonces... ¿por qué está correspondiendo a la dulce sonrisa de la niñata?

“Son sus tetas”, se excusa el hombre, después de darse cuenta de que lleva ya más de un minuto con los ojos fijos en ellas. Como puede, con un esfuerzo sobrehumano y tras muchas

protestas por parte de su yo más lascivo, el ejecutivo alza los ojos y mira el perfecto y bello rostro de la niñata.

No, ha escuchado mal. La mente de esa Barbie personificada no ha podido crear una réplica tan ingeniosa. Se niega a pensar que Dios haya sido tan sumamente generoso de otorgar a una sola criatura el don de la belleza y de la inteligencia.

“Y, además, dinero”, piensa después de que ella, tras un aleteo de pestañas y una risita de tonta de capirote, zanja el asunto alzando la mano para despedirse, mostrando al hacerlo un reloj de brillantes brillantísimos. Y si se dejaba guiar por las apariencias, de falso no tenía nada. Apeataba a clase, la niñata, una clase innegable, de cuna, de muchas generaciones atrás. Era una clase rancia y arraigada, imposible de ocultar a pesar del horroroso color rosa chicle de su traje de chaqueta, que, por otro lado, se veía a leguas que era de diseño.

Se queda allí parado, mirando su espectacular trasero, sus kilométricas piernas cubiertas de fina seda, su larga melena rubio platino ondeando cual bandera...

Se da cuenta, demasiado tarde, cuando ella ya ha desaparecido de su vista, cuando por fin ha salido de su embrujo, que sus palabras, efectivamente, eran un insulto.

—Hijaputa... —susurra maravillado.

El resto del trayecto lo hace con calma, despacio, con la mirada perdida, las manos en los bolsillos y la cabeza llena de imágenes de ellos dos, sin dejar de preguntarse quién sería aquella chica.

~\*\*\*~

Clara sabe que el hombre le está mirando el culo. Para joderle, exagera el movimiento de caderas. Controla el impulso de darse la vuelta y corresponder a su más que babosa inspección mostrándole el dedo corazón, declarando así que se la trae al paio el veredicto final que pueda dictar el hombre sobre sus posaderas.

Total, seguramente no bajará de nueve.

Es totalmente consciente de su atractivo. Bueno, ella y el resto del mundo. Lo que no era tan evidente eran sus 157 puntos de coeficiente intelectual, algo que la llevaba por la calle de la amargura. No porque rozar la genialidad fuera algo malo, no... Lo horrible, lo que más le jodía, era tener que demostrarlo.

A toooodas horas.

Que belleza e inteligencia eran variables incompatibles en una misma ecuación, era algo que había comprobado hacía mucho tiempo, como sus padres tuvieron a mal enseñarle, cuando, cada uno a escondidas del otro, luchaban para que su hija alcanzara la fama que les cubriría a ellos de gloria.

Mamá glamour no podía estar más contenta con su princesita, su reencarnación en vida, el vehículo que la llevaría directa a cumplir unos sueños que ya estaban muy lejos de ser viables para sí misma.

Papá ambición pronto vio el potencial de aquella preciosidad de ojos verdes, cuando a la corta edad de tres años hacía cálculos de cabeza con una precisión y rapidez asombrosas.

Y así, entre calculadoras y revistas de moda transcurrió su infancia.

Con lo que no contaban Papá y Mamá era con que Clarita tenía sus propios planes, que ella, harta de la frivolidad de una y del oportunismo de otro, se creó su propio mundo, sus propios sueños, sus propios deseos.

De haber sido una chica del montón, no habría tenido ningún problema, pero gracias a su físico – o por culpa del mismo -, se veía obligada a demostrar continuamente que ella era algo más que una 110 de pecho, una melena rubio platino natural, unos ojos como esmeraldas, una cintura de avispa y unas piernas de infarto.

Claro, que eso fue mucho antes de descubrir que no valía la pena intentarlo, muchísimo antes de comprobar que hiciera lo que hiciera, la seguirían tratando como a la rubia buenorra, pero tonta perdida.

No es que Clara hubiera dejado de luchar. Simplemente, ella fue confeccionando su particular mundo de Yupi, un universo paralelo donde podía desenmascararse y librarse de las muchas capas de cinismo, frivolidad y superficialidad con las que se engalanaba cada mañana a golpe de sombra aquí, sombra allá.

Era un mundo donde lo realmente importante era tener aunque fuera una sola pizca de afecto. Y allí, en ese mundo de rosa, seguro que encontraría al príncipe Azul. ..

Pero... ¡qué condenadamente difícil estaba siendo, coño!

# ***Sweet child of mine***

Sweet child o' mine / Sweet love of mine

(Dulce niña mía/ dulce amor mío)

Guns N'Roses

O, al menos, eso es lo que yo quisiera, que fuera mía. Pero todo se andará...

Sé que ella es ELLA. Mi chica. Mi dulce niña. Mi preciosura. Mi todo. Es lo único que tengo claro de toda esta locura en la llevo inmerso desde que tuve la mala suerte de poner los ojos en ella.

Y en sus tetas.

Joder, ya son las diez y cuarto de la mañana. ¿Dónde se habrá metido esa descarriada? Muevo la pierna izquierda cuando el móvil empieza a vibrar. Me niego a contestar el teléfono. Sé que llaman del taller, pero eso puede esperar. Hostias, el negocio es mío, y si me da la gana perderme durante un par de horas, es mi puto problema.

Casi pego un brinco en la banqueta cuando ella hace su aparición. Me obligo a tranquilizarme, mientras me peino el pelo con

las manos y la espía de reojo. Sé que desde donde estoy no puede verme, como siempre, pero hoy, no sé por qué, viene directa a mí.

Mi corazón empieza a latir encabronado. Capitán América se despierta y levanta la cabeza para ver qué pasa... Le dirijo una orden mental para que se comporte.

Trago saliva con insistencia cuando, finalmente, se sienta a un metro de mí. Sé que si estiro la mano podría tocarla, pero me obligo a no hacerlo. Ignoro la voz del preadolescente bravucón que me llama cobarde, gallina, capitán de las sardinas.

Por norma general pide, con esa sonrisa que sólo ella tiene, un super batido de fresa.

Hoy, sin embargo, pide un café. Doble. Sólo. Sin sonrisa que valga.

Vaya, tiene un mal día. La miro con tristeza, mientras intento averiguar la causa de su melancolía. Joder, qué poco me gusta verla así...

¡Mierda! ¡Ha mirado hacia aquí! Coño, coño, coño... ¿Qué hago? ¿La miro a la vez? ¿Finjo que no la he visto?

No, hombre... eso es imposible. Y no porque sus descomunales tetas sean un reclamo para todo macho viviente, sino por el color de su traje. Qué horterada... Y, sin embargo, qué bien le sienta a la jodía...

Y qué buena que está.

—Nadie me entiende... —la oigo susurrar.

—Perdón, señorita... ¿cómo dice? —pregunta el camarero, obnubilado todavía por su belleza.

Y por sus tetas.

—Lo que yo decía... —vuelve a susurrar.

Encubro una sonrisa bebiendo un sorbo de café.

Me encantan sus salidas de tono. Pero, lo que más me gusta, es la sonrisa de autosuficiencia que se le queda cuando descubre que la gente no es partícipe de su peculiar sentido del humor.

Cojones, sólo por verla sonreír de esa manera –o de la que sea -, merece la pena atravesar la ciudad para hacer un ingreso que, fácilmente, podría hacer en la sucursal de al lado de mi taller.

# ***Material girl***

Cause we are living in a material world  
and I am a material girl.

(Porque vivimos en un mundo material  
y yo soy una chica material.)

Madonna.

Clara se contonea medio desnuda por la habitación al ritmo de la música. Coge un vestido y se lo pone por encima para ver el efecto semi-final. No le gusta, así que repite la operación con otro. Y luego con otro, y con otro, y con otro...

Suena el teléfono, pero lo deja sonar y espera que salte el contestador. Sabe de sobra que es Elena, y que, si lo coge, se va a tirar una hora al teléfono. No es que le moleste hablar con ella, al contrario; en circunstancias normales estaría encantadísima, pero puesto que: a) tiene una cita y si sigue así va a llegar tarde, y b) dicha cita se la ha encasquetado la misma Elena, no es el mejor momento –ni el más oportuno- para aguantar sus consejos ni sus chorradas.

Clara escucha su propia voz diciendo que, a la de ya, puede dejar el mensaje. Espera casi sin respirar a oírse a sí misma decir “¡YAAAAAA!” y luego....

—¡Esa chica de modaaaaa! —canturrea desde el otro lado de la línea la loca de su amiga—. ¿Qué, ultimando detalles para la cita de hoy? Lo vas a flipar, tía. El tipo está que te mueres...

Clara se contiene para no abalanzarse sobre el teléfono para replicar que, puesto que se va a morir, mejor no ir a la cita.

—... y con pasta, chata —sigue diciendo Elena. Clara se pregunta cómo hace su más mejor amiga para conocer al dedillo la cuenta bancaria de sus citas—. Tampoco para tirar cohetes, pero vamos... que algún que otro Armani te podrías permitir con él. —Se escucha una risa malvada que pone los pelos de punta a Clara. Luego cambia radicalmente de tema y se pone en plan asesora de imagen. Clara empieza a odiarla un poquito—. Olvídate del tanga ese de leopardo tan horroroso. No, el que yo te regalé no. El otro, ya sabes... el rosa.

Y pronuncia la última palabra como si fuera un insulto.

A Clara le pirria el rosa. Da igual la intensidad; su vestuario va desde el simple e insulso rosa pastel, hasta el escandaloso y chichón rosa chicle. Sabe que ese color —su color identificativo, su color de guerra, su vicio, su debilidad- la hace parecer más cabeza de chorlito de lo que ya proclama su aspecto de rubia-tonta, pero como tampoco puede hacer nada al respecto, pues aquí paz, y mañana gloria. Además, en el fondo le encanta explotar esa imagen. Sí Señora, le extasia ver la cara de gilipollas que se les quedan a algunos cuando suelta alguna de sus geniales ocurrencias.

Mientras escucha sin escuchar a Elena, suspira y se decanta por un vestido color negro para su próxima cita. Después de mirarse en el espejo la friolera de cinco minutos, desde todos los ángulos habidos y por haber y mientras Elena ya ha cambiado de tema unas

tres o cuatro veces, decide que... no. Vamos, que ni harta de vino se iba a poner algo tan soso y tan lúgubre, por muy elegante que Santa Channel dijera que era.

A la mierda... Se iba a poner el vestido magenta, ese que se ataba a la cintura y que tenía un escote palabra de honor...

—Brutal... —dice mientras se recoge el pelo en lo alto.

Joder, parece una auténtica Barbie Marilyn. Se descojona al imaginarse la cara del pavo en cuestión, cuando la viera aparecer de esa guisa.

Al final le resta importancia... Total, I+D ya se encargarían de robarle todo el protagonismo al vestido.

—... y usa condones normales. —Ah, pero, ¿Elena sigue al teléfono?—. Ya sabes que a los hombres eso de verse la polla enfundada en latex rosa como que les deja un poco plof. ¡Te quiero, zorra!

—Y yo a ti —contesta Elena al aire. Ainsss, y qué cierto es.

Acude a la cita con las mismas ganas y el mismo entusiasmo con que lo hizo la cita anterior: cero patatero.

A sus veinticinco años tiene claro que pescar a un tipo decente es algo totalmente improbable, que ahí fuera ya no quedan más que residuos sociales, fiesteros de mandíbula desencajada y frikazos de mucho cuidado. Vale, vale... cierto que es demasiado crítica, que a todo (y a todos) le pone pegas, que se está pasando de exigente... Pero, joder, Elena podría tomarse la molestia de intentar enguildarle a alguno que mereciera aunque sólo fuera un poquito la pena...

Elena es, hasta el momento, su mejor amiga. Y dice bien: hasta el momento. Porque como siguiera en ese plan de Celestina,

la iba a mandar a tomar por el culo... No, no, por ahí no, que lo mismo a la muy guarrona incluso le gustaba.

Sonríe con cariño al pensar en ella. Mira que quería a esa cabrona... Tuvo la fortuna de conocerla en el colegio, y, desde entonces, son inseparables, aunque si debe ser sincera no entiende muy bien la razón, ya que se cayeron fatal. Quizá a la borde de Elena le encantó el frívolo cinismo de Clara, o al revés. En cualquier caso, ahí están ellas, quince años después, siempre juntas. Como el yin y el yan. Como la arena y la cal, que vete tú a saber cuál era la buena, y cuál la mala. Porque si por separado son un peligro, juntas son un auténtico infierno. La de trastadas que habían hecho...

Clara se echa al reír al recordar algunas, de esas que entran en la categoría de “qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte, tíaaaaa”. Acaba sonriendo con tristeza, pues sabe que ya les queda muy poco a los Picos Pardos...

Hasta que el matrimonio las separe. Porque que Elena iba en serio con Perico (mentalmente: el de los palotes), era un hecho, cosa que quedaba demostrada en el ímpetu que estaba poniendo su amiga en buscarle novio a ella.

Si Clarita transige es por lo mucho que la quiere, y porque, en el fondo, en casa se aburre como una ostra. Gracias a Dios que el de los palotes les estaba dando una tregua y les deja los miércoles y los viernes libres para ellas, que si no fuera por eso, Clarita no sabe qué haría.

No es que no le guste la soledad. A veces, incluso hasta la agradece. Pero después de muchos años de ser ignorada por sus padres –salvo en aquellas ocasiones en las que era mostrada como un mono de feria -, y tras sufrir la soledad del hijo único, sentía un poco de repelús cuando miraba a su alrededor y no veía de quién echar mano.

Se plantea, muy seriamente, comprarse un minino o un mierda chucho. Es eso, o aceptar que ha llegado el momento de dejar de mariposear, de sentar la cabeza, y de empezar a hacer caso al famoso tic tac del puñetero reloj biológico.

Sería muchísimo más fácil –y más alentador –, si el material disponible en el mercado no estuviera poco menos que podrido. La de veces que se había mordido la lengua cuando algún pedante había querido dárselas de inteligente de la muerte y dando por sentado que ella carecía de neuronas. O esas otras, las peores, en las que ni siquiera habían intentado impresionarla con su intelecto, pensando que ella, oooohhh, reina de la belleza que desea la paz del mundo, simple y llanamente caería rendida ante sus abultadísimos musculitos.

Y luego estaban los cabrones number one, los que se llevaban una patada en los huevos y una hostia bien dá: los maduritos podridos de dinero que pensaban que su Rolex era el mando automático que abría sus piernas.

Clara tiene su propia lista de requisitos –imprescindibles –, que debe reunir el hombre merecedor de que ella se plantee, siquiera, abandonar su soltería. Cuando le mostró la lista a Elena, ésta la rompió y la acusó de absurda, infantil, ingenua y boba románticona. No es que Clara fuera exigente. Ni que estuviera esperando al príncipe Azul. Tampoco la lista era tan extensa como para que fuera inviable...

Sencillamente, Clara quería enamorarse.

Y como no era un cardo borriquero, ni era tan mayor como para que se le pasase el arroz, no estaba por la labor de zambullirse a la piscina por el primer tipo medio decente que se le presentase. No, ella no se conformaría con cualquiera.

Ella esperaría por ÉL.

Eso no quería decir que de vez en cuando se permitiera el lujo de darse alguna alegría para el cuerpo... aunque, para ser sincera, cada vez le apetecía menos.

Como el sexo queda – al menos inicialmente – descartado, y hacía ya mucho que tuvo que bajar el listón, de momento, y hasta que ÉL apareciese, se conforma con encontrar citas con las que mantener una conversación medianamente inteligente y que no estuvieran todo el tiempo intentando averiguar la forma de enterrar la cabeza en sus supertetas.

“Pues vas lista”, le había dicho Elena entre risas el día anterior. Y, lo peor de todo, es que tenía razón.

# ***Vive mirando una estrella***

Vive mirando una estrella

Siempre en estado de espera.

Standby, Extremoduro.

Qué asco de día, no se acabará nunca. Estoy hasta los mismos huevos de todo ya. ¿Por qué los viernes son siempre tan puñeteros? Estás todo el santo día rascándote los cojones y luego, a última hora, llega el tocapelotas de turno con una urgencia. Y anda y vete tú a decirle que vuelva al día siguiente, que tal y como está la cosa, y la puta competencia, a ese ya no le ves el pelo en la puñetera vida.

Pues sí, hoy es uno de esos días, justamente hoy, el día de mi NO cita. Seguro que ella llegará la primera, como siempre. Mirará a su alrededor para ver si reconoce a alguien. Sonreirá al Nano, el camarero, y pedirá su Budweiser reglamentaria. Ignorará a los babosos con ese aire de superficialidad que tanto la caracteriza. Espantará a algún atontado con un barrido de mano desdeñoso. Y luego...

Luego sólo yo veré, desde mi posición privilegiada, que mira continuamente la puerta de reajo. Que se muerde el labio inferior

con impaciencia. Que a sus ojos verdes aparece un atisbo de temor. Que juega nerviosa con su cabello dorado porque no sabe qué hacer con las manos. Que, finalmente, busca el móvil en el bolso para simular que tiene algo que hacer hasta que llegue su amiga.

Sí, sólo yo seré consciente de la soledad que la envuelve. Quizá porque sólo yo sepa reconocerla. Quizá porque yo esté tan solo como ella.

O quizá porque me tiene loco desde hace ya demasiado tiempo y veo en ella algo más que sus dos supertetazas.

Joder, con el tocapelotas... Me entran ganas de decirle: ¡que no tengo las putas ruedas, hostias!, pero nada. Que me toca llamar al almacén y pedirles el favor que me las traigan a la de ya, un favor que sé que me va a costar muy caro.

Y todo por un beneficio de mierda.

Les digo a los chicos que se vayan, que ya cierro yo el taller. Salen pitando, los cabrones... Normal. Es viernes noche.

¿Qué hora es? Joder, ya son casi las nueve. Ya habrá llegado al Duende. Y a mí no me dará tiempo a pasarme por casa para maquearme si quiero verla. Es el único sitio dónde sé que la puedo encontrar. Es su punto de partida. Después de dos copas allí, hasta las diez a lo sumo, no sé adónde irá... Eso es algo totalmente impredecible.

Joder... Las nueve y cuarto. Y todavía me queda poner la otra rueda. Y cerrar el compresor, y revisar las puertas, y poner la alarma, y coger la pasta, y, y, y... Ya no me da tiempo ni a hacer caja.

Bah, que le den por culo a la caja de los cojones.

Vamos, sí, sí, ya te he puesto las ruedas, joder, vete de una puta vez... Que ahora noooo, cansino, que no te puedo dar presupuesto de lo que valen los amortiguadores... ¿Más o menos? Mil quinientos pavos. Sí, sí, como le cuento... (Es mentira, por supuesto. No creo que cuesten tanto, pero tiene pinta de tener pasta, así que no veo por qué no engañarle un poco...). No, no puedo confirmárselo hasta que no llame a la casa de repuestos (¡cansino!). ¿Qué llame ahora? No, ya han debido de cerrar. No, no es pronto. Es más, es tarde, tardísimo (¡Que te largues ya, coño!).

¡Las nueve y media ya!

Me cagüen mi puta vida... Ni a cambiarme el mono me da tiempo... Hostias, no, eso sí que no, que era lo que me faltaba, que precisamente hoy se fijase en mí y yo con esta pinta de guarro.

Mierda, mierda, mierda... Ya estoy en el coche. Arranco, doy marcha atrás y... ¡La hostia puta! ¡No he apagado la luz de exterior! ¡Y qué importa, hostias!

Corro como un loco. Por fin llego y encuentro un sitio enfrente del Duende. ¡Putra suerte la mía! Total, de no haber sido así, me la habría sudado y lo habría dejado en doble fila.

Con dos cojones, ¡jajajaja!

Entro al garito, ¡por fin!, y busco, busco, busco... y suelto el aire que había retenido al verla al otro lado de la barra.

Y ahora, a mirar a mi estrella. Y a esperar, esperar, esperar...

# ***Dame una cita***

“Dame una cita /Vamos al parque

Entra en mi vida/Sin anunciarte...”

Santa Lucía, de Miguel Ríos

Se ríe mientras canta. A esas alturas, ya sólo le faltaba tener una cita con el mismísimo Miguel Ríos. Clara ha perdido la cuenta de las citas por las que ha pasado durante el último mes. En algunos casos, incluso ha olvidado el nombre de los pobres cabezas de turco que su amiga Elena iba eligiendo sin piedad entre los muchísimos amigos de Perico. Clara no puede menos que echarse a reír cada vez que Elena le manda por email el informe de sus próximas citas.

Acaba de llegar de la última cita, tan nefasta como todas y cada una de las anteriores. Reconoce que no debe ser tan crítica ni tan negativa. En algunos casos se lo había pasado realmente bien. En otros incluso se había dado algún que otro morreo. Había llegado incluso a ponerse como una moto con... ¿Cómo se llamaba? No lo recuerda...

Mientras se desnuda y se pone su pijama de conejitos –rosas -, y sin nada mejor que hacer, decide tomarse una copa de vino y

ponerse a evaluar sus citas pasadas.

~\*\*\*~

De: Elena Barba

Para: Clara Nistal

Asunto: Próxima cita.

¡Guarrillaaaaaaaaaaaa!! Ahí te paso el informe de tu próxima cita.

Nombre del sujeto: Eduardo.

Edad: 30 años.

Profesión: Director de Banco.

A favor: La pasta, el coche (Pedazo Z4 tiene el tío) y que está como un tren.

En contra: Es un poco manos sueltas. Yo le he tenido que cantar las cuarenta un par de veces. No te pongas las uñorras postizas si no te apetece que te soben, porque conociéndote, seguro que le sueltas una hostia. Ah, y según una amiga de Perico, que se enrolló con él, babea cuando besa.

No se puede tener todo...

Ya me contarás ; )

Elena.

~\*\*\*~

—Si me dieras un beso, pondría el mundo a tus pies —susurra Eduardo, acercándose más a Clarita y bajando la cabeza hasta casi rozar sus labios.

—Quita, quita. ¡Qué asco...! Con la de mierda que tiene...

El hombre aparta sus labios salivantes de ella y la mira con el ceño fruncido, sin comprender. Clarita se da cuenta de que el tipo no ha pillado la broma.

La indirecta, tampoco.

Sí, sí, director de banco. Tonto del culo, eso es lo que es. Decide poner fin a la cita en ese instante.

~\*\*\*~

De: Elena Barba

Para: Clara Nistal

Asunto: Más citas.

Ea, aquí andamos de nuevo.

Nombre del sujeto: Miguel Ángel.

Edad: 27 años.

Profesión: En paro. Pero sus padres están forrados (Ya, ya sé que soy superficial). Hasta donde sé, tiene un BMW nuevecito. Muy mal no le tiene que ir, digo yo...

A favor: ¿Te acuerdas cuando fuimos a Italia de fin de curso y nos reímos de las des-proporciones de "El David" de Miguel Ángel? Bueno, pues eso no te va a pasar con el "David" de éste Miguel Ángel, jajajaja. ¡Piquetón, Piquetón!

En contra: No le veo yo como al padre de tus hijos, pero joder... Es que ha sido vislumbrar lo que calza entre las piernas y no he podido dejar pasar la oportunidad de mandarte este caramelo.

¡Por favor, por favor, dime que no se trata de un calcetín!

~\*\*\*~

—¿En qué piensas? —pregunta el hombre, girándose para mirarla, extasiado al contemplar las luces del atardecer reflejadas en sus ojos. Maravillado por la intensidad de su iris verdoso.

Y por sus tetas...

—Debería decir que en tí, pero lo siento, no tiendo a mentir.

“Piquetón” piensa que es una borde y una chula, pero como quiere follar, se muerde la lengua y le regala una sonrisa de hiena.

Clarita suspira con resignación.

Ya de vuelta a casa, roza accidentalmente la entrepierna del hombre.

Elena se va a llevar un disgusto cuando le diga la verdad.

~\*\*\*~

De: Elena Barba

Para: Clara Nistal

Asunto: No jodas esta, por favor.

Bueno, uno medianamente normal. Por favor, ¡NO SEAS BORDE!

Nombre del sujeto: Raúl.

Edad: No lo tengo claro. Entre 30 y 33, seguro.

Profesión: Abogado. Mira, ya tenéis algo en común.

A favor: TODO.

En contra: Su ex mujer le dejó bien jodido. ¡AVISO! Odia a las oportunistas.

Reitero: ¡NO LA CAGUES! Es, simplemente, ¡PERFECTO!

Besos y suerte! (Cruzando los dedos por ti).

~\*\*\*~

—Hola, preciosidad. ¿Estás sola? —Guiño cómplice y chasquido de lengua.

¡Pero si es vizco! ¡Tus, tus! ¡Lagarto, lagarto!

—Hasta ahora sí —contesta Clarita con una sonrisa tan enorme como falsa y simulando ojos de cordero degollado—. Pero ahora que tú por fin has llegado a mi vida, sé que nunca más volveré a estar sola. Sé que cuidarás de mí, que me darás alimento y cobijo. Sé que te desvivirás por complacer mis infinitos caprichos. Sé que estarás a mi lado durante tooooooda una tarde en el centro comercial mientras yo me pruebo miles de prendas y fundo tu tarjeta. Sé que agarrarás mi mano cuando dé a luz a todos y cada uno de nuestros seis hijos y que... Es que no falla —sonríe Clarita, triunfal, cuando el hombre echa a correr—. Es hablarles del futuro, y se les desinfla la polla echando leches.

~\*\*\*~

De: Elena Barba

Para: Clara Nistal

Asunto: No sé ni porqué me molesto.

No sé si recordarás a Alberto. Tuviste dos citas con él en el pasado, y está loco por ti. Esta vez no ha sido cosa mía. El pobre prácticamente me ha suplicado.

Como seguramente no te acordarás de él, te pongo sobre antecedentes:

Nombre del sujeto: Alberto.

Edad: 28.

Profesión: Tiene un gimnasio. Peeeeeerooooo, no es sólo musculitos. ¡De verdad!

A favor: Joven, guapo, buenorro, con negocio propio y está loco por ti. ¿Qué más se puede pedir?

En contra: A estas alturas, mejor me ahorro los contras. Ya te encargas tú de encontrarle los tres pies al gato...

~\*\*\*~

Hablando de pies:

—Creo que me estoy enamorando de tí —susurra el hombre al tomarla entre sus brazos y mientras le acaricia con suavidad la espalda.

—Pues no se te ocurra besarme. Dicen los médicos que eso se contagia por contacto directo...

Alberto sonrío ampliamente, mostrando al hacerlo una blanca y perfecta dentadura.

—¿En serio? Pues en ese caso...

—¡Soooo! —exclama Clara deteniendo el intento de abrazo del hombre—, que yo ya estoy vacunada...

A lo mejor contra el amor sí. Pero contra el olor a pies... ¡Dios, no!

~\*\*\*~

De: Elena Barba

Para: Clara Nistal

Asunto: No te librarás de mí...

¿Qué pensabas? ¿Que había desistido? ¡Juassss! Lo llevas claro.

Sábado, a las ocho en las terrazas del Reina Sofía. Por lo visto hay una expo. Es un cultueta ¡Yujuuuu!

Nombre del sujeto: Jesús.

Edad: La nuestra. Sí, sí, ya sé que te gustan mayores, pero éste aparenta más.

Profesión: Fotógrafo o pintor o escultor. Un bohemio, vamos.

A favor: A ti te mola todo eso del rollo cultural, ¿no? Además, lo mismo el día de mañana los ricos se pelean por sus retratos y tú te conviertes en su musa.

En contra: Voy a ser sincera: yo le veo un poco ególatra, pero supongo que eso le pasa a todos los artistas.

No, no... No me lo agradezcas (soplándome las uñas y con cara de circunstancias).

¡Mucha mierda!

~\*\*\*~

—¿Lo sientes, Clara? ¿Puedes escucharlo? ¿No ves millones de luces de colores? ¿No ves el aro iris en plena noche? ¿No hueles a jazmín? ¿No oyes risas celestiales...? —La toma entre sus brazos y comienza a besarla con ardor. Luego se aparta y le dedica una seductora sonrisa —. Ahora sé que todos mis sentidos explotan cuando tú estás cerca de mí.

—O más bien por la mierda que te acabas de fumar.

~\*\*\*~

De: Elena Barba

Para: Clara Nistal

Asunto: Sorry... :(

¿Todavía sigues enfadada conmigo? Joer, ¿yo qué iba a saber que el tipo iba a ser un fumado? Ya sabes que, de haberlo sabido, nunca te hubiera programado una cita con él, pues todos saben que con los porros te puedes quedar estéril. Y tú quieres tener hijos, ¿no?

Pero mira, lo he arreglado.

Nombre del sujeto: Andrés.

Edad: Traitantos.

Profesión: ¡DIETISTA!

A favor: Coño... pues eso... ¡DIETISTA!

En contra: ... ¡DIETISTA! JAJAJAJAJA.

Ahora en serio, es un buen tío, muy legal. Dale una oportunidad, por fi.

Hazlo por mí (pucheros, morritos y ojitos de pena penísima).

Te quiero, aunque no sé por qué.

Besos.

~\*\*\*~

—Cada vez que me miras con esos ojazos, siento como si mil mariposas revolotearan en mi estómago. ¿Por qué? —pregunta el hombre seductoramente, mirándola con una devoción que raya la idolatría.

—Será cosa del bifidus activo ese...

~\*\*\*~

Cansada de las infernales citas de su amiga, Clara decide tirar de agenda.

Le asusta pensar que el problema está en ella, que es su baremo y su extraña visión de ver el mundo los que impiden que se

relaje con los hombres.

Quizá pudiera llevarlo mejor si entre su mente y su lengua existiese algún tipo de filtro... pero no.

¡Joder, tan sólo pedía sentir! ¡Algo! ¡Lo que fuese, menos esa fría y aterradora indiferencia!

Pedro es el primero en recurrir. Con él, por lo menos, se lo pasa bien, salvo cuando bebe demasiado y le sale la vena lacrimógena.

Por desgracia, Pedro ha decidido que esa es una de esas noches.

—Nadie me entiende —se queja después de cinco Bacardis con Cola—. Tengo la sensación de que camino solo por el mundo. Una gota solitaria que busca unirse a un torrente de agua, una mota de polvo que vaga por el aire sin rumbo y que nunca roza la superficie, un alma errante que busca desesperadamente a quien aferrarse, a quien amar, por quien sonreír y por quien llorar, un...

—Tú lo que quieres es follar, ¿no? —pregunta Clarita con calma.

—Pues más bien.

Clara suspira. No debería haber sacado el tema. Además, la mirada, casi suplicante, del hasta hoy su amigo con derecho a roce —un roce muy superficial—, le indica que no lo va a dejar estar.

Que esta vez, de una vez por todas, va a ir a saco a por ella.

—¿No crees, Clarita, que este es un buen momento para que demos un paso más en nuestra relación? —señala Pedro después de unos inquietantes y aterradores segundos cargados de expectativas.

—¿Te refieres al sexo, o al compromiso?

El hombre escupe el trago que acababa de dar y la mira horrorizado.

—Al sexo, Clara. Me refiero al sexo.

—Claro. Al sexo. Perdona, pero es que, sin anillo de por medio, nasti de plasti... ¡Ehhh! ¿A dónde vas? ¿Me llamarás mañana...? ¡Jesús, qué prisas!

Después de una sonrisa traviesa, Clara agarra la copa olvidada del hombre y se bebe el contenido de un sólo trago. Continúa sonriendo cuando dice en voz alta:

—Pues va a ser que no.

# ***Where are you been?***

Where have you been? / Because I'd never seen you out

Are you hiding from me? / Somewhere in the crowd?

(¿Dónde has estado? / ¿Por qué nunca te he visto por ahí?

¿Estás escondiéndote de mí / en algún lugar entre la multitud?)

Rihanna

—¿Qué le pongo, Señorita? —pregunta el camarero con una gran sonrisa.

—Un millón de euros —responde muy seriamente Clarita.

—Oyes... A pedir al banco, maja.

—¡Ups! —La joven parece contrariada—. Debe de haber un error, porque acabo de estar allí y me han mandado a la mismísima mierda, ergo...

—¡Clara! —amonesta Elena, que acaba de llegar del baño y ha escuchado la grosería de su amiga. Dirige una mirada de disculpa al



—Perdona, ¿tienes fuego?

—Sólo el que tú enciendes en mí, preciosa.

Clarita, después de mirarle muy fijamente a los ojos, recorre su cuerpo. ¡Qué gilipollas!

—Acabo de decidir que este es un buen momento para dejar de fumar.

Elena acude al rescate. Ese día Clara estaba siendo más borde de lo normal. Más borde, incluso, que ella misma.

Como siguiera en ese plan, se iban a meter en un buen lío.

Agarrando el brazo de su amiga, la obliga a volver dentro del bar. De momento, nada de conversaciones al exterior. Es mejor amortiguar la lengua viperina de Clara bajo decibelios de música pachanguera.

Decide distraerla cuando ve que Clarita está buscando con los ojos a quién atacar. Todavía le queda veneno suficiente. Y eso es malo. Muy malo.

—Eres demasiado exigente, Clarita.

—No sé por qué dices eso —replica la aludida.

—Bien, repasemos el percal. En toda la noche se te han acercado cinco chicos, a cada cual mejor, y a todos les has soltado una de tus borderías. ¿A qué esperas, al príncipe Azul?

Clarita, después de pensarlo detenidamente, niega con la cabeza.

—No. Ese resultó ser un gilipollas como la copa de un pino.

Elena se abstiene de bufar. Como siguiera así, iba a llamar a su Palote particular para que la rescatara de la bruja malvada que parecía haberse apoderado de su amiga.

—¿Qué te parece ese, Clarita? —sigue insistiendo.

—Bah, poca cosa.

—¡Poca cosa! —exclama su amiga atónita—. Jesús, está buenísimo... ¿Y ese de allí, el que te come con la mirada?

—Nooo.

Elena cuenta hasta diez. Apretando los labios, recorre el local con la mirada.

—¿Y ese? Joder, joder, menudo espécimen. ¡Y te está mirando!

—Paaaaaso —contesta Clarita sin dignarse a mirar al causante de las babas de su amiga.

Clara finalmente mira a su alrededor y suelta un suspiro.

Ganado. No hay más que ganado. Todos iguales, nada merecedor de que ella detenga su verde mirada en...

—¡Ese! —grita de pronto.

Su amiga se da la vuelta y mira al hombre desaliñado y con cara de aburrimiento al fondo de la barra.

—Venga ya —susurra escéptica—. Pero si es... es... Vamos, no es que sea, es que NO es...

—Pues por eso. Porque NO es...

~\*\*\*~

No...

No puede ser...

No...

¡NOOOO!

Hostias, hostias, hostias... Que sí... que me ha mirado. No, seguro que ha mirado a alguien a mi espalda. Giro la cabeza, pero no veo a nadie. Vuelvo la vista al frente. Ella sigue mirándome. No puedo ver la expresión de su rostro, porque hay sobre ella un potente foco de luz y me deslumbra. Joder, pero puedo ver a su amiga... Y por la cara de espanto con la que me está mirando debo ser yo el causante de que Clara sonría de esa manera...

“Ni en sueños, chaval”, me dice un demonio acomplejado.

Pero no, no es un sueño. Y que Clara viene directamente hacia mí, es un hecho. ¿Qué hago? ¡¿Qué coño hago?! Nada. No hago nada. Me quedo quieto. Como si ella me la sudara.

Y sus tetas, también.

Joder, ya está aquí. Y sigue sonriendo. Repaso mentalmente el plan. Ese en el que llevo trabajando desde... ya ni me acuerdo.

Ahora no es momento de flaquear. No es momento de titubear. Ella ha venido a mí, tal y como había esperado que hiciera. Ahora no puedo caer rendido a sus pies. No, si quiero que sea mía... para siempre.

Debo seguir con mi estrategia: indiferencia. Más dura que pura.

~\*\*\*~

—Hola. Me llamo Clara.

Pone especial énfasis en que su voz suene sensual pese al alto volumen de la música, así como en que su sonrisa sea la más espléndida y la más deslumbrante de cuantas ha esbozado.

—Perdona, pero... ¿acaso tengo cara de que me importe? — contesta el hombre desde el borde su vaso, sin dignarse a mirarla.

—¡Dioooooos! —exclama ella por lo bajo, totalmente extasiada—. Me acabo de enamorar.

~\*\*\*~

¡Olé la madre que me parió! Me entran ganas de darme palmaditas en la espalda al ver su gesto maravillado, al percibir el asombro en sus ojazos verdes. Vislumbro, más que veo –porque no quiero mirar, para no perder el hilo–, cómo su pecho sube y baja por la respiración acelerada.

Casi la oigo jadear.

Joder, me está poniendo como una moto. Como no controle a Capitán América, la vamos a liar...

~\*\*\*~

Clarita sigue allí parada, mirando a aquel hombre grande y fuerte y desaliñado. Tiene la boca y los ojos abiertos de par en par, atónita.

—Para ya, tía —dice el hombre, enfadado por su escrutinio, después de unos pocos pero eternos segundos—. ¿Quieres apartar esos focos de mí? Me estás deslumbrando.

¡Joooooder....! Clara sigue mirándole, perpleja, asustada, admirada... incrédula.

Eso era lo más bonito que le habían dicho nunca.

—¿Tienes que ser tan grosero? —pregunta cuando se repone, y sólo para seguirle el juego. Se muerde las mejillas por dentro para no sonreír. Se pírria por los bordes.

El hombre se gira y la mira de arriba a abajo.

Luego, de abajo a arriba.

—Y tú... ¿tienes que estar tan buena?

Ya no. Ya era imposible ocultar la sonrisa.

Decide dar un paso más: decide averiguar así, de sopetón, de qué calaña está hecho.

—Entonces... ¿follamos o no? —pregunta a bocajarro, como si fuera lo más normal del mundo.

—No —contesta ÉL tranquilamente, antes de terminarse la copa de un trago y levantarse—. Yo no hago esas guarradas.

El hombre le dirige una mirada penetrante que por poco la deja sin aliento.

—Entonces, ¿qué haces?

—El amor, preciosura. Yo hago el amor.

Y se marcha.

"Clarita, en menudo lío te acabas de meter" piensa cuando su corazón comienza a latir desenfrenado, justo un segundo antes de echar a correr para alcanzarle.

Ahora que acababa de conocer al hombre de su vida, no estaba dispuesta a perderlo.

Porque estaba segura que él era ÉL.

¿Dónde coño se había metido durante toda su vida?



# ***Wicked Game***

What a wicked game to play / to make me feel this way.

What a wicked thing to do/ to let me dream of you

(Qué juego perverso para jugar / para hacerme sentir de esta forma

Qué cosa perversa para hacer / que me permita soñar contigo)

Chris Isaak

El juego ha empezado, lo creyese o no. Estuviese preparado...  
o no.

Aquello sólo podía ser un sueño. Para comprobarlo, me pellizco. Lo hago bien fuerte, con ganas, con saña. Busco adrede el dolor, o una punzada de esperanza que me indique que lo que estoy viviendo es real. Que es jodidamente real.

La hostia puta, ni en mis más salvajes fantasías había imaginado una primera toma de contacto así, porque, seamos sinceros, lo más normal es que hubiera sido yo el que se hubiera quedado KO ante su presencia. Milagrosamente, ha sido al revés. Y no, no estoy yo ahora para analizar el por qué. Me basta, ¡me

sobra!, con saber que esta vez, y sin esperar que sirva de precedente, el puto punto ha sido para mí.

Siempre he tenido claro que conquistarla no iba a ser moco de pavo, que tendría que dejarme los cuernos, ahí, como un cabrón.

Mis amigos, que de mujeres no tienen ni puñetera idea, me dicen que con ponerme un Armani y darle una vuelta en el Mercedes SLK la tendría comiendo en la palma de la mano.

A ver, no soy gilipollas, y sé que son reclamos garantizados, pero no es así como yo quiero tenerla. No es así como yo quiero que ella ME tenga.

Que sí, que puedo estar loco por ella y todas esas cosas, pero uno tiene su orgullo. Por eso, y porque en el fondo sé que ella busca algo más que un tío bien plantado y con una buena billetera. Así que sólo me queda echar mano de algo que sé que la pondrá como una moto: mi inteligencia.

Y ésta me decía que esperase. Que viera, que escuchara, que callara. Que me mantuviera ahí, al margen, oculto pero al acecho, vigilando a mi presa, estudiando sus costumbres... hasta que ella se pusiera a mi alcance. Entonces, sólo entonces, atacaría. Rápido. Certero. Implacable. Imparable.

Y luego... Juego. Set. Partido.

La teoría estaba de putísima madre. La práctica... ¡joder! Esa estaba resultando muchísimo mejor.

Escucho su voz llamándome, y sus tacones resonando en el asfalto. Por instinto empiezo a detenerme, pero tras mover la cabeza, apretar la mandíbula y mirar al frente con decisión, decido seguir mi camino. Claro, que no soy tan estúpido como para largarme del todo. Me mantengo ahí, lejano pero accesible. Si

quiere alcanzarme, tendrá que correr. Y yo, como quiero dejarme alcanzar, tendré que aminorar el paso.

Aunque en el fondo lo que desee sea girarme, correr hasta ella, tomarla entre mis brazos y no soltarla jamás...

~\*\*\*~

—Perdona —grita Clarita, sofocada, cuando por fin llega al lado del hombre—. Pero creo que te has olvidado algo.

El hombre se detiene, se gira y la mira de nuevo de arriba a abajo. Y después, de abajo a arriba, previa parada en sus supertetas.

—¿Qué, preciosura?

—Te has olvidado de mí —contesta ella orgullosamente, encendida por el brillo que había aparecido en sus ojos después de mirarla.

—No, no me he olvidado. Sólo pretendía dejarte atrás.

—¿Por qué? —Clara ladea la cabeza y le observa como si fuera una especie exótica y en peligro de extinción—. ¿Te gusta que te persigan? ¿Te va ese rollo? —Sonríe diabólicamente y susurra roncamente—: ¿Te pone cachondo?

ÉL parece pensar la respuesta durante el transcurso de dos latidos. Inclina la cabeza a un lado y mira al frente, sumamente

concentrado. Finalmente, mueve la cabeza de un lado a otro.

—No. Pero puesto que vas a pasar conmigo el resto de mi vida, ¿para qué precipitarse?

~\*\*\*~

¡No, no, no! ¡Así no, gilipollas, que la espantas! Pero, no. Parece que no. Joder, me mira con una carita de corderilla...

Me muero por besarla. ¡Si me lo está pidiendo a gritos! Joder, tan sólo tengo que pegarme a ese cuerpo de escándalo, agachar la cabeza, buscar sus labios, y entonces...

El puto Valhalla.

Ella me mira, expectante. Echa la cabeza hacia atrás. Casi abre los labios. Casi se pone de puntillas. Dios, tiene que ser tan sublime, tan exquisita... Joder, no hay nada malo en saborearla. Sólo un poquito, de verdad, trata de sobornarme el Capitán América... ¡Que no, coño!

No pienso ser uno más. Me niego. No, no quiero ser el gilipollas del viernes, un tipo más al que le comerá el morro hoy, quizá incluso algo más, y mañana, adiós muy buenas. Eso si llegamos a mañana...

Capitán América me llama gilipollas. Él quiere cacho. Y lo quiere ya. En el fondo, y no tan fondo, soy partícipe de sus deseos, pero yo no quiero una noche con ella. Quiero un millón de mañanas.

—Adiós, preciosura.

Y echo a andar. Sonrío no sin cierta prepotencia al imaginarme su cara de incredulidad. Ya escucho sus pasos corriendo de nuevo hacia a mí.

Tiemblo cuando al fin me alcanza y me agarra del brazo para detenerme, pero me repongo rápidamente. Me recuerdo que he tenido mucho tiempo para prepararme y que en teoría soy inmune a su contacto. Es falso, por supuesto, pero si quiero no caer desplomado me tengo que tragar esa trola.

Sonrío mientras finjo que ella no está colgada de mi brazo y que no la estoy arrastrando de camino a la moto.

Joder, necesito llegar pronto a ella. Como sigamos así, la estrategia se va a ir a tomar por culo. No sé cuánto tiempo más voy a poder controlarme. Sobre todo si se agita de esa forma.

—Espera, ¡espera! —me pide. Como hemos ido prácticamente a la carrera, ahora está jadeando.

Eso me pone cachondísimo. Suelto una maldición.

—¿Qué coño quieres, eh?

—Joder, tío... ¿no es evidente?

Le miro las tetas. Sonrío con picardía.

—Sí que son evidentes, sí.

Saco el casco del transportín, me lo pongo y subo a la moto. Aparentemente no la miro en todo el proceso, pero estoy total y absolutamente pendiente de todos sus movimientos. Arranco y doy un par de acelerones.

Sí, ahora quiero impresionarla.

—Me voy —anuncio. Me parece de mala educación irme sin más.

Además, tampoco es plan de que ella me coja manía... del todo.

—¿Adónde? —pregunta, creo que seductoramente, mientras se pega a mi pierna y recorre mi pecho con su largo y elegante dedo.

Yo, me sacudo. Capitán América, también.

—A mi casa —escupo—. Y la respuesta es no. No puedes venir conmigo.

Primero se aparta, enfadada, pero luego pone morritos. Me distraigo momentáneamente cuando cruza los brazos bajo sus pechos, elevándolos al hacerlo, como si fueran dos melones sobre una bandeja... como una exquisita, tentadora e irresistible ofrenda...

Bufa de forma encantadora, pero creo que decide darme otra oportunidad. Salta a la vista que pretende enredarme en cualquier conversación tonta con tal de que no me vaya. Estoy a punto de golpearme el pecho y soltar un grito tipo Tarzán de pura euforia.

—No te lo he pedido.

—Ya, pero ibas a hacerlo.

—Vete a tomar por culo, capullo.

—Y tú a la mierda, preciosura.

Y me voy.

## ***My favourite game***

And I'm losing my favourite game/ you're losing your mind again

I'm losing my baby/ Losing my favourite game.

(Y estoy perdiendo mi juego favorito / tú estás perdiendo tu mente otra vez

Y estoy perdiendo a mi chico / estoy perdiendo mi juego favorito)

The Cardigans

Elena alza una ceja, asombrada, cuando ve entrar a Clara al Duende.

—¿Qué te ha dicho? —ataca tan pronto como Clara se sienta a su lado.

—Que mis ojos le deslumbran.

—¿Y qué más?

—Que estoy buena a rabiar.

—¿Y qué más?

Clara se encoge de hombros, como si lo que fuera a decir la trajera sin cuidado.

—Que soy la mujer de su vida.

Elena parpadea, perpleja.

—Entonces... ¿qué haces que no estás con él?

Clarita suelta un suspiro y mira hacia las luces de neón.

—Porque luego me ha mandado a la mismísima mierda.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Clara sonrío.

—Jugar.

~\*\*\*~

Sé que tengo cara de gilipollas. No hace falta que me mire en el espejo para saber que tengo una sonrisa de oreja a oreja. O más, a tenor de lo muchísimo que me duele la mandíbula. Pues ya me puedo ir acostumbrando, porque soy consciente de que no podré borrar la sonrisa en mucho, ¡muchísimo!, tiempo. Y el caso es que me da absolutamente igual.

Entro en casa silbando, dejo la chaqueta en cualquier silla y voy a buscar una cerveza a la cocina. Ya de vuelta al salón – si es que se le puede llamar así -, me dejo caer en el sofá y me pongo a contemplar los desconchones del techo. Pasan los minutos, quizás las horas, y sigo pensando en ella, recordando cada palabra, cada mirada, cada gesto... su perfume, el calor que despedía su pequeña mano... Todo. Lo evoco una y otra vez, hasta que sea imposible olvidarlo, hasta grabarlo a fuego en mi mente.

—La hostia puta...

Todavía estoy maravillado.

Pero luego, algo más repuesto, y tras dedicarle algo de atención al Capitán América, me pongo a pensar en el siguiente paso.

Por descontado, la semana que viene no iré al bar de su trabajo. Es probable que me reconozca - ¡joder, espero que sí! -, y no quiero que piense que estoy allí por ella. Cojones, pero, entonces, eso quiere decir que no la veré hasta dentro de una semana...

¿Y si durante ese tiempo ella conoce a alguien? No, no, me niego a pensar eso. Sé que la he calado hondo. Sé que he llegado mucho más lejos que cualquiera de los capullos con los que ha salido últimamente. Sí, se de sobra que ella, esta noche se irá a la cama pensando en mí...

—Mierda —susurro, el ceño fruncido y un ramalazo inseguridad y celos flagelándome el pecho, como un jodido látigo de siete colas.

Por un momento flaqueo y decido salir a buscarla, aunque tenga que recorrer toda la puta ciudad. Gracias a Dios, la cabeza pensante toma el control y me autoinflijo disciplina. La misma de la

que tendré que echar mano mañana, y pasado mañana, y el lunes... y así hasta el viernes que viene.

Qué semana más larga y jodida se me presentaba por delante...

~\*\*\*~

—¡Ahí está! —exclama Clara, eufórica, al verle entrar al Duende. No se molesta en disimular su alegría y pega un par de saltitos sobre sus taconazos que la desestabilizan hasta el punto de tenerse que agarrar a Elena. Menos mal que su amiga está preparada y no terminan en el suelo.

Elena la regaña, pero Clarita está demasiado ocupada desabrochando un botón de su camisa rosa palo, recolocándose las tetas y echándose el pelo hacia atrás.

—¿Qué tal? —pregunta a Elena. Ésta levanta el pulgar y sonríe con complicidad—. Deséame suerte.

Sin esperar a que su amiga atienda a sus deseos, se encamina hacia el fondo de la barra, donde ÉL había ocupado su lugar.

Ella agarra una banqueta y, sin más, se pone a su lado.

—Hola —saluda, casi... ¡tímidamente!

ÉL la mira a los ojos, pero rápidamente I+D acaparan su atención.

—¡Jesús, preciosura! ¿Quieres apartar tus pechugas siliconadas de mí? La Virgen. Espectáculo más desagradable...

—De siliconadas nada, hermoso. Que estas son naturales — replica ella, orgullosa.

El hombre, después de arrugar la frente, le mira el pecho muy seriamente. Es casi científico su interés, algo que molesta sobradamente a Clara.

Pero entonces hace algo que la deja estupefacta: el hombre alarga las manos y se los estruja.

—Anda, pues es verdad; son naturales —anuncia como si nada.

Clarita sonrío de oreja a oreja.

—Te acabas de poner cachondo, ¿a que sí?

—No sé por qué lo dices.

Clarita, tal y como él hiciera, alarga su mano y le estruja la polla.

—¿Lo dices por eso? —pregunta el hombre sin inmutarse—. Bah, no te hagas ilusiones. Es una reacción instintiva. Me pasa siempre que andas cerca... Pero tranquila, que ya me voy.

¡Y el muy cretino se va de verdad!

~\*\*\*~

Correr, correr, correr... Necesito librarme de esta sensación de ahogo, de este calor infernal que me está matando, de este desenfrenado y seriamente alarmante retumbar de mi corazón...

Me va a dar algo. Necesito llegar al coche. Necesito pensar en cualquier cosa que no sea en ella, en sus supertetas, en la suavidad de su piel, en su mano sobre mi polla...

Sí, necesito pensar en cualquier cosa que me quite de la cabeza la idea de volver, meterla en el baño y follármela como un animal en celo.

Llego al coche, por fin. Agradezco haber aparcado cerca del parque, lejos de la zona de copas. No hay nadie a la vista. Por si acaso me pongo la chaqueta sobre el regazo.

Capitán América grita indignado. No quiere mis atenciones. Quiere las de ELLA. Le digo que soy yo, o nada.

Al final, gano yo.

~\*\*\*~

Dos semanas en el infierno, son muchas semanas. Ya está cansada de jugar al ratón y al gato. Sí, hoy iba a recobrar un poco del orgullo perdido y le iba a demostrar a ese gilipollas quién era Clarita.

Hoy se mostraría indiferente. Altiva. Orgullosa. Inaccesible. Hoy sería la Diosa de las diosas, venerada, adorada. Deseada. Y cuidado con el triste mortal que osara rozar aunque sólo fuera uno de sus largos cabellos dorados...

Se tragaría su propia mentira si no fuera porque sabía que, hiciera lo que hiciera, al final iba a terminar mirando la puerta del Duende como una obsesa, que iba a contar los minutos, los segundos, la eternidad incluso, hasta que ÉL se dignara a aparecer.

Que le estaba quitando el sueño era ya un hecho más que demostrado, a tenor de sus ojeras y de su estado de perpetuo nerviosismo. Pero joder... es que era su cordura la que parecía estar en juego.

¡No, no y mil veces no! Hoy era viernes, día de chicas. Hoy bailarían, beberían, se reirían... coquetearían, incluso.

Por desgracia, Elena no estaba ese día por la labor. El de los Palotes estaba pululando por allí con sus amigos. Y, bueno, al parecer, con sus amigas también.

—No sé porqué estás así. Tan sólo está hablando con una amiga —amonesta Clarita a su más mejor amiga cuando escucha la palabra zorra por quinta vez—. Los celos en realidad es una forma disfrazada de las inseguridades de una persona. Deberías tener más confianza en ti misma. —Elena, que no la escucha, ha cambiado la palabra zorra por puta—. Por Dios, es absurdo. Nunca lo he entendido y nunca lo entenderé, porque sois adultos. ¿Acaso no ves que estás teniendo una reacción infantil y exagerada...?

—Oye, Clara —corta Elena, totalmente fuera de sí —, el tipo con el que va la golfa de Susy, ¿no es ÉL?

Clara se gira como movida por un resorte.

—¡¡¡Lo mato!!! ¡¡¡Yo lo matoooooooooo!!!!

~\*\*\*~

Si lo hubiera planeado, no hubiera salido mejor. Pero no, ni siquiera era algo que me hubiera planteado. Tal parecía que por fin contaba con la gracia de las Moiras.

¡Pues oyes, un brindis por las hilanderas!

No sé qué motivos tendrá la Golfa Mayor del Reino para hablar conmigo. ¡Qué digo hablar! Joder, como siga así me viola aquí en medio. Realmente me dan igual sus motivos, pero me alegro de recibir sus atenciones, pues gracias a ellas Clarita se está muriendo de celos.

Capitan América hoy está lúcido y me dice que pase de la poligonera y que me centre en la de las supertetas. Yo, aunque estoy totalmente de acuerdo con él, insisto en jugar un poquito más a ese juego. Sería gilipollas si no me aprovechase de él.

Sólo espero que, en un descuido, la chony no me meta la lengua hasta la campanilla.

~\*\*\*~

"Combatir celos con celos".

Una idea estúpida, sí, muy por debajo de su intelecto, pero en el estado de enajenación mental en el que está no se le ocurre otra cosa. No está ella para pensar, ni para razonar, ni para tramar un plan... esas cosas que hacen normalmente los homines sapiens.

Deja que el hombre la agarre y se pegue a ella. No ha sido difícil encontrar una víctima. Siempre hay tipos haciéndole la corte y a la espera de que ella haga un movimiento de dedo para cumplir sus órdenes.

Ríe como una tonta ante el comentario del tipo en cuestión, aunque vete tú a saber qué ha dicho. Aprovecha el momento para mirar de reojo a ÉL.

Aparta la vista rápidamente cuando sus miradas se cruzan. Al cabo de unos pocos segundos, la curiosidad puede con ella y vuelve a echar un vistazo. En ese instante, ÉL se aparta de Susy y camina hacia ella.

Triunfo. Victoria. Set. Partido.

Pese a la batalla ganada, se niega a delatar sus sentimientos cuando finalmente se planta frente a ella.

—Oye, perdona —le dice al hombre que la mantiene abrazada—. No es por joderte el rollo pero... pierdes el tiempo con ella.

—¿Por qué? —pregunta retadoramente el pobre desgraciado.

—Porque al final no te vas a enrollar con ella.

Pues sólo le faltaba eso; que se comportara como el puto perro del hortelano. Por descontado, no se liaría con el pobre

desgraciado, pero eso era algo que ÉL no tenía por qué saber...

—¡Tú que sabrás, imbécil! —grita Clara.

ÉL aparta la mirada amenazante del hombre y la mira a ella de arriba a abajo.

Y de abajo a arriba.

—¿Apostamos?

~\*\*\*~

¡Qué hermosa se pone cuando se enfada! Me quedaría toda la noche allí de pie, observándola, estudiando su semblante, tratando de memorizar todas y cada una de las pecas de su naricilla...

Vacilante, mira al hombre. Creo que finamente decide que el tipo no está tan mal y que puede soportar darle un beso. Y todo con tal de restregármelo después por toda la cara.

—Apostamos —acepta, levantando la barbilla desafiante y orgullosa a la vez.

Qué huevos que tiene mi niña... Reprimo el impulso de ser yo quién la bese. Porque, sinceramente, por mis santos cojones nadie más volverá a besarla. Salvo yo.

“Pronto”, me prometo a mí mismo. Capitán América me amenaza de muerte si no cumplo la promesa. Le ignoro. Estoy hasta

los huevos – jajaja– de su egolatría.

—Si yo gano, te vas a tu casa. Sola.

—Está bien —acepta—. Y si yo gano, me voy a casa. Contigo.

~\*\*\*~

—¿Qué mierda le has dicho para que saliera corriendo? — pregunta Clarita.

—Tal vez le haya dicho que follas fatal y que no la chupas — contesta ÉL mirando su copa. Sonríe cuando ella pega un grito de indignación y la mira a los ojos—. O tal vez que como vuelva a acercarse a ti, le voy a partir las piernas.

Dada su altura y su corpulencia, Clarita entiende el temor del hombre. Y las prisas por irse echando leches.

—Y ahora, preciosura, págame la apuesta.

Clarita, desilusionada, agarra su bolso y se marcha a casa.

Sola.

# ***Todos me dicen***

Me contó la mañana que estaba loco por ti

Que mi vida ya no me importaba

Mediodía me tranquilizó y me dijo que ya te vería.

Me sacó un poco de mi locura, me apegó un rato más a la vida.

Todos me dicen...

Extremoduro.

No puedo – me niego- a esperar a que lleguen los viernes para verla. Sé que voy por el buen camino, que actuando de la forma que vengo haciéndolo conseguiré mi objetivo: tenerla.

Pero a ver... de masoca no tengo ni un pelo. De tonto, tampoco.

Esa es la excusa que ahora mismo me digo, una y otra vez, como un puto mantra, para justificar mi presencia en el bar donde Clarita siempre va a desayunar.

Pido un café y me dispongo a leer el periódico.

Y ahora, a rezar para que venga.

~\*\*\*~

—De todos los bares del mundo, ¡y te encuentro aquí! — exclama Clarita al reconocer la anchísima espalda del hombre que, aparentemente, está enfrascado en el periódico —. ¿No son maravillosas las casualidades?

ÉL aparta el periódico, la mira en su línea durante un segundo y se vuelve a enfrascar en la lectura.

—Piérdete, preciosura.

—Ah, no. Hoy sí que no. Tal vez tú no creas en el destino, pero yo sí. Y el destino te ha traído hasta aquí.

El hombre gruñe.

—Te tenía por alguien más inteligente.

Clara se enerva.

—Y lo soy.

—Pues deja de decir gilipollecés.

—Tal vez lo haga cuando dejes de comportarte como un capullo.

ÉL deja el periódico, se levanta y se planta frente a ella. Muuuuy frente a ella.

—¿Me has llamado capullo? —pregunta en un susurro amenazante, sus labios a un tris de distancia.

No puede remediarlo: Clara se excita hasta no poder soportarlo.

—Capullo. Capuuullo. Capullo-capullo-capullo. ¡SUPER MEGA ULTRA CAPULLO!

El hombre no responde al desafío. Sólo la mira a los ojos, mucho y muy intensamente. Clara gruñe, refunfuña y... se cabrea.

Y cuando Clarita se cabrea...

Agarra la cabeza del hombre y se lanza a la búsqueda y captura de su boca.

~\*\*\*~

¡Hijaputa...!

Así no que quiero que me bese. No por orgullo. No por altivez. No para demostrarme quién es la que manda. No para quedar por encima de mí.

Lucho. Lucho con todas mis fuerzas. Lucho contra su deseo de besarme. Lucho contra el mío de dejarme besar.

Y gano la lucha... una victoria que, sin embargo, tiene el sabor amargo de la derrota.

~\*\*\*~

—Te está costando cazar a éste —comenta Elena, mirándola traviesamente, después de que Clarita haya vuelto de desayunar y tras contarle lo sucedido.

—No, si no es eso —contesta sin dejarse pinchar—. Cazado, lo que se dice cazado, ya le tengo. ¡Lo que no sé es cómo coño hacer para que me bese de una puñetera vez!

—Pues bésale tú.

—Ya lo intenté.

—¿Y...?

Clara suspira largo y tendido.

—¿Has visto alguna vez un combate de Pressing catch?

~\*\*\*~

Hoy está de suerte. Se encuentra a ÉL fuera del Duende, fumando un cigarro. Como si nada, se pone a su lado.

—Ayer estuve leyendo a Kafka... —comenta Clara de pasada.

—Preciosura, no trates de impresionarme con tu infinita inteligencia... De eso ya se encargan tus tetas.

—Eres un grosero —replica ella. Sin embargo, no puede disimular una sonrisa.

—Y lo que te gusta que lo sea, preciosura.

—Te equivocas. Me gusta que me digan cosas bonitas al oído.

—¿Como que eres la mujer más bella que he conocido? ¿O como que me muero de ganas de besarte? No, no, mejor eso de que si no me entierro en tus entrañas, moriré abrasado en el fuego que enciendes en mí...

—Dioooooos.

~\*\*\*~

Echo a andar. Ella me sigue. Me gusta pasear con ella.

—Todavía no me has dicho tu nombre.

—¿Para qué? ¿Para que lo grites cuando estés con otro?

—No. Para gritarlo cuando golpee al saco de boxeo. Capullo...

~\*\*\*~

—Ahhh —suspira Él con placer—. Ya me estaba preguntando yo cuándo ibas a dejar salir la vena borde.

—Es que das pie a ello, ¿Miguel? —tantea Clara.

—No.

—¿Luis?

—No.

—¿Mmmmm? ¿Eduardo?

ÉL se ríe por lo bajo, pero luego sonrío.

Es la primera vez que lo hace. Y Clarita se queda sin aliento.

—¿Podrías hacer eso de nuevo?

—¿Qué? —pregunta ÉL.

—Sonreír...

—¿Para que esta noche pienses en ello mientras te tocas?  
Pues va a ser que no —replica poniéndose serio.

—¿Sabes qué? —susurra ella acercándose a él. Luego le dice al oído—. Siempre que me toco, pienso en ti. Aunque... a decir verdad, sólo me toco por pensar en ti.

ÉL levanta la cabeza y mira a la nada. Después se gira y la mira a ella.

—No deberías decir esas cosas, preciosura.

—¿Por qué?

—Porque ahora seré yo el que piense en ti cuando me toque. Y créeme, eso no me va a gustar ni un pelo...

—Puedes decir todas las borderías que quieras. Al final, serás mío.

~\*\*\*~

—Ya lo soy, Clarita —susurró mientras que, por esta vez, es ella la que se marcha.

# ***Nothing else matters***

Trust I seek and I find in you / every day for us something new

Open mind for a different view/ And nothing else matters

(Busqué confianza y la encontré en ti / cada día para nosotros algo nuevo

La mente abierta a un punto de vista diferente / y nada más importa...)

Metallica

—Es muy desgarbado —dice Elena.

—Eso es porque es muy alto —replica Clara.

—Y no es guapo.

—Pero tiene un no se qué que le hace atractivo.

—Es muy desaliñado.

—No. Tiene un estilo... alternativo.

Elena, cansada de buscar defectos, desiste. Por fin dice:

—Es un puto borde.

Clarita suspira ensoñadora.

—Es la horma de mi zapato.

~\*\*\*~

Hace como que no me mira. Finge que no sabe que yo finjo no mirarla. Agarro mi copa y bebo un largo trago. El whisky no me sabe a nada.

¿Tal vez será porque ya estoy saboreando el sabor de sus labios?

Sonrío, anticipadamente.

~\*\*\*~

—Pero... mírale... Si ni siquiera se digna a mirarte.

Clara sonríe, pero desiste en su deseo de correr al lado del hombre que la trae por la calle de la amargura. Después de mucho luchar consigo misma, sucumbe a sus deseos y se encamina con paso decidido al fondo de la barra.

La sonrisa jactanciosa de  L, pese a no mirarla, le demuestra que sabe que ella se acerca.

—Hoy has tardado más tiempo del habitual en darme el co azo —dice  L cuando Clara llega a su lado.

—Bueno, ya sabes cómo es el refrán: nunca es tarde si la picha es buena...

—Querr s decir dicha, preciosura —contesta mirándola por primera vez, una mirada divertida y penetrante que la hace estremecerse.

—En qué estaría yo pensando...  Nos vamos?

~\*\*\*~

Ya no. Ya no debo permitirme el lujo de negarme.

Ya no quiero negarme.

Ya... no puedo.

—Nos vamos.



# ***Poison***

I want to love you but I better not touch.

I want to hold you but my senses tell me to stop.

I want to kiss you but I want it too much.

I want to taste you but your lips are venomous.

(Quiero amarte pero mejor no tocar.

Quiero abrazarte, pero mis sentidos dicen que pare.

Quiero besarte, pero lo quiero demasiado.

Quiero probarte, pero tus labios son veneno)

Alice Cooper

Clarita sonríe.

 L gruñe.

—Joder... Todavía no s e cómo me he dejado embaucar por una niñata —refunfu a por lo bajo mientras caminan por la calle. En un gesto aparentemente indiferente, toma su mano entre la suya.

Ella las mira emocionada.

—Reconócelo... Te estás enamorando de mí —dice Clara triunfal.

—No, si en eso estamos de acuerdo —confiesa ÉL, haciendo que el corazón de ella palpita esperanzado —. Pero no tiene por qué gustarme.

—Ummm. Creo que va siendo hora de que me digas tu nombre.

—Mejor no.

—¿Por qué? —pregunta divertida por la actitud gruñona de ÉL.

—Porque entonces tendré que besarte. Y será cuando esté totalmente perdido... Y créeme, el suicidio no entra en mis planes.

—Tranquilo, que mis besos resucitan.

~\*\*\*~

¿Qué resucitaban? Y una puta mierda.

Ya veríamos si salía vivo de esa...

~\*\*\*~

—¿Dónde estamos? —pregunta Clarita cuando ya no puede soportar ni un segundo más aquél silencio que había caído sobre ellos.

—En mi casa.

¡Ups! Eso era... era...

—Pasa —dice ÉL entre dientes mientras atraviesa una puerta. No se gira para ver si ella ha entrado. Se va a la cocina, coge una cerveza y vuelve al sofá, donde se deja caer cuan largo era. Coge el mando de la tele y comienza a hacer zapping.

Ella mira a su alrededor, pero al no haber más asientos —libres—, se encoge de hombros y se sienta a horcajadas sobre el hombre.

—¿Qué coño estás haciendo? —grita ÉL dando un respingo.

—Acomodarme.

—Ya. Pues estate quietecita —advierde justo antes de apartar la vista de su ovalado rostro y fijarla en la televisión.

—¿Qué ves? —pregunta ella sin dejar de mirarle.

—Porno.

—¿Porno? —repite con una sonrisa maliciosa—. ¿Acaso pretendes ponerme a tono?

—Como si te hiciera falta...

~\*\*\*~

Capitán América está dando saltos de alegría. Mientras miro la tele, repaso mentalmente mi provisión de víveres de supervivencia.

Me cagüen la puta...

Hace dos meses que se me acabaron los condones.  
¿Compré?

¡No! – grita Capitán América, súbitamente enfadado y, por qué no decirlo, un poquito plof.

Le ignoro cuando me llama aguafiestas.

Para mí, la juerga padre es estar con ella. Simplemente así.

Juntos.

~\*\*\*~

Clarita está sobre ÉL, memorizando todos y cada uno de sus rasgos. ÉL tiene la cabeza ladeada para poder ver la televisión. Ella le acaricia el cabello. ÉL resopla. Clara sonríe cuando el aliento del hombre revuelve su flequillo.

 EL sube la mano y le acaricia la curva de su cadera. Ella suspira de placer.  EL apaga la tele con el mando a distancia.

No hablan.

No lo necesitan.

Además, ninguno quiere que sus ácidos comentarios estropeen ese momento.

Ella deja que sus dedos vaguen por su rostro a su antojo.  EL cierra los ojos. Clara deja caer la cabeza en su pecho para escuchar los frenéticos latidos del hombre.  EL cierra los brazos en torno a ella.

Y Clarita sabe, por primera vez en su vida, lo que es el amor verdadero.

~\*\*\*~

—Ni te imaginas, preciosura —susurro cuando ella, a base de ignorarla, finalmente se queda dormida entre mis brazos —. No puedes ni imaginarte lo muchísimo que te quiero.

~\*\*\*~

Clarita abre los ojos y se encuentra con la mirada divertida de ÉL. La luz del día ilumina la austera habitación, y el dolor de sus miembros le indica que llevaba horas durmiendo.

—¿Qué hora es? —pregunta mientras se estira y bosteza sin delicadeza alguna.

—La hora en que te quitas de encima de mí y agarras esa puerta y te vas.

—¿Ni siquiera me vas a invitar a desayunar?

—No tengo nada de desayunar —gruñe. Clara sospecha que ha sido porque se ha movido sobre ÉL.

—Está bien, está bien. Ya me voy, so borde.

Clarita se estira la ropa que no se había quitado, se peina el cabello con los dedos y busca sus zapatos.

—En fin. Gracias por darme la noche más maravillosa de mi vida.

ÉL sigue mirándola con diversión, algo que la molesta sobremanera, así que, enojada, se marcha de allí sin mirar atrás.

Está dudando entre ir a su casa directamente o desayunar primero en cualquier bar, cuando de pronto alguien grita su nombre. Cuando se gira, ÉL viene caminando a largas zancadas, las manos en los bolsillos y el cabello despeinado. Se para y la mira de arriba a

abajo. Y luego, clavando sus ojos castaños en ella y con una dulce y tímida sonrisa, dice:

—Carlos.

~\*\*\*~

Veneno.

Sus labios saben a veneno.

Un veneno exótico y adictivo, para el que ni hay antídoto, ni lo quiero.

Ahora ya sí. Ya sí que estoy perdido. No hay vuelta atrás.

Pero, sin embargo...

~\*\*\*~

Clarita descubre que hay dos tipos de besos; por un lado estaban todos y cada uno de los besos que le habían dado a lo

largo de su vida, y por el otro estaban los besos de Carlos.

Carlos besaba... fatal. Sí, en serio, no sabía besar. Era horrible lo poco que sabía sobre la materia. ¿Dónde había estado todos esos años? ¿Acaso nadie le había dicho que debía usar la lengua?

—Abre la boca —le pide al cabo de un rato, desesperada ya del todo y con muchas ganas de resoplar.

Carlos sonrío junto a sus labios.

—¿Para qué quieres que abra la boca?

—Joder, Carlos... para besar como Dios quiere y manda.

—Es lo más que vas a conseguir hoy de mí, bruja —dice ÉL entre dientes—. Ya he sucumbido a demasiados caprichos tuyos. Adiós.

Y se marcha.

~\*\*\*~

—¿En serio no pasó nada? —pregunta Elena, totalmente escéptica.

—En serio. Nos quedamos dormidos abrazados.

—¿Y luego?

—Me pidió que me marchara.

—¿Y ya está?

— No. Ya está no. Me besó. Pero lo hizo... lo hizo...

Clara abre los ojos de golpe. Está tan acostumbrada a besos apasionados, a besos egoístas que sólo buscaban autocomplacer, a besos tórridos llenos de deseo, que no había sabido detectar lo que escondía el beso de Carlos.

—¿Cómo lo hizo?

—Con... ternura.

## ***Everytime we touch***

'Cause every time we touch /I get this feeling,

And every time we kiss / I swear I can fly.

(Porque cada vez que nos tocamos/ me invade este sentimiento

Y cada vez que nos besamos/ juraría que puedo volar)

Cascada (BSO. El diario de Noah)

—Piérdete —dice Carlos desde el borde su vaso, sin mirarla, gruñendo y maldiciendo a la vez.

—No. No te creas que te vas a librar de mí. No después de aquél beso.

ÉL se mueve inquieto en la silla. Hace una mueca y la mira de reojo.

—Aquello fue un error.

—Lo que es un error es obviar lo que sentimos.

Ahora sí la mira. Como es costumbre, lo hace de arriba a abajo.

Y de abajo a arriba.

—¿Y qué sentimos, preciosura? —Hay una nota de ansiedad en su voz ronca.

—¿Acaso importa el nombre que le pongamos?

—Hoy estás en plan filosofa... —señala Carlos.

—¿Y?

Carlos sonrío con malicia.

—Que eso me pone, nena.

—Pues hala, venga. Al lío.

—Para lío en el que me has metido —masculla entre dientes, un segundo antes de tomar sus labios y dejar que la locura se apoderase de ÉL del todo.

~\*\*\*~

Y a tomar por culo la estrategia.

Ya estoy hasta los cojones de planes, de resistirme a ella, de negarme aquello que más ansío, de no tomar aquello que me

pertenece por derecho propio.

Ahora ya no se trata de conquistarla, no.

Ahora se trata de conservarla.

Sí, amigos. Ahora empieza lo realmente chungo.

~\*\*\*~

—¡Madre mía, madre mía! —exclama el hombre mientras revolotea a su alrededor, pavoneándose como un gallo—. ¿De qué estrella te has caído, ángel mío?

Clara suelta un bufido y le mira de arriba a abajo, una costumbre que había heredado de Carlos.

—No me lo digas... Eres el fan número uno del "Manual del perfecto seductor".

—Gilipollas...

—Ya. Gilipollas. Pero estas tetas no serás tú quien las cate.

—Con lo borde que eres, pocos serán los que quieran hacerlo.

Clarita mira por encima de su hombro y sonrío.

—Bueeeeno. Para empezar, el que está detrás de ti y que te está asesinando con la mirada.

~\*\*\*~

Aparta tus manos de MI chica. No ofendas sus fosas nasales con tu nauseabundo aliento. No profanes su hermoso cuerpo con la inmundicia que despide tu mirada...

¡Que te alejes de ella, hostias! O juro que...

Mejor espero a ver cómo reacciona ella.

Lo quiera o no, a esto voy a tener que acostumbrarme. Uno no puede ligarse a Miss Universo y pretender que no la miren.

Pero, cuidado, que mirar está permitido. Como se le ocurra tocarla...

Venga, cabrón, sólo un poquito más. Vamos, tócala, que me muero de ganas de sobarte un poquito la cara...

~\*\*\*~

—Te has puesto celoso, ¿a que sí?

—Qué va, preciosura —replica ÉL, sin apartar los ojos de la espalda del hombre que se marcha haciendo fu como el gato.

—Entonces, ¿por qué le estás mirando así?

—No sé —contesta encogiéndose de hombros con indiferencia—. Tal vez porque no me guste su camisa. O tal vez porque se ha acercado a mi novia.

Clarita pega un respingo y agranda los ojos.

—¿Soy tu novia?

ÉL suelta un suspiro y se aprieta el puente de la nariz.

—No quise decir eso.

—Pues lo has dicho. Y has recalcado el "mi".

—Bueno... Eso sí que lo he hecho.

—¿Por qué?

—No sé que eres, Clara; mi novia, mi rollo, el coñazo más grande con el que me he enfrentado en mi vida... Pero lo que sí sé es que eres MÍA.

—Bueeeeeenoooo. Ya has dejado salir al Neanderthal que hay en ti...

—Tal vez. ¿Te agarro por los pelos y te llevo a mi cueva?

—Sólo si quieres que yo te agarre de los huevos y los estruje.

—Olé mi niña. Y lo que me gusta a mí cuando te pones brava...

~\*\*\*~

Lo malo de reprimirte durante tantísimo tiempo, es que luego, cuando ya no aguantas más y sucumbes a la tentación, no puedes parar de comer manzanas.

¡Y qué manzanas que tiene mi niña!

Así que aquí ando yo, aspirando su aroma, jugando con el bajo de su camiseta, acariciando la suave piel de su barriguita...

Como un puto loco por subir las manos y acariciar esas supertetas...

~\*\*\*~

—Me gusta cuando haces eso —confiesa Clarita cuando ÉL comienza a jugar con el lóbulo de su oreja.

—¿En serio? —contesta Carlos sin apartarse, con una voz tan ronca y tan sensual que ella se estremece de arriba abajo.

—Mmmm. Sí. Mucho. ¿No estaríamos más cómodos en tu casa?

Se escucha un No rotundo.

—¿Y por qué no?

—Todavía no estás preparada.

—¿Para qué? —pregunta entre risas ella.

—Para tener el orgasmo de tu vida.

Clarita se echa a reír.

—Promesas, promesas, promesas...

—¿Tú crees?

—Demuéstramelo.

Carlos se aparta y recorre todo su cuerpo con sus ojos castaños. Luego sonrío con suficiencia.

—No voy a caer en tu juego, preciosura.

—¡Ah, Carlos! —exclama ella acercándose a él y echándole los brazos al cuello—. Lamento decirte que ya estás metido en él. Hasta el fondo.

# ***Mi gran noche***

¿Qué pasará, qué misterios habrá?

Puede ser mi gran noche...

Raphael.

—Buenos días, Señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

—Venía a pedir un presupuesto.

El muchacho recorre su cuerpo con ojos hambrientos antes de contestar:

—Espere aquí. Voy a avisar al dueño.

Clarita se sienta en una silla frente a un escritorio y se atusa el pelo. Se mira, se desabrocha un botón más de la camisa y saca pecho. Se moja los labios y se prepara para sonreír.

—Buenos días —saluda una voz a su espalda—. Me han dicho que quiere un presupuesto... ¡joder!

Ella sonrío maliciosamente al ver la cara desencajada del dueño.

—Buenos días. Quiero cambiar las cuatro ruedas.

El dueño toma asiento frente a ella. Hace una mueca mitad disgusto mitad deseo cuando sus ojos se topan con sus supertetas.

—¿Sabe la medida? —masculla furioso.

Clara se mira a sí misma.

—Una ciento diez, más o menos...

—De la rueda —gruñe el hombre.

Clara le tiende un papel con la medida escrita.

—Eso le sale en unos ciento cincuenta euros una Michelin, pero tenemos las Goodyear de oferta y le sale a ciento quince.

—¿Las cuatro?

El hombre se ríe por lo bajo.

—Cada rueda.

Clara abre mucho los ojos y suelta un grito de incredulidad e indignación.

—Joder... Menudo pastizal. Y usted, ¿no podría hacerme ningún descuento... adicional?

El brillo de los ojos del hombre delata que sabe por dónde va ella.

—Podría, podría... Pero... ¿por qué debería hacerlo?

Ella se levanta y camina seductoramente hacia él. El ronroneo del hombre es anticipativo. Clarita se sienta a horcajadas sobre él y

comienza a besarle. El dueño la agarra por el trasero y comienza a acariciárselo.

—Me has convencido. ¿Cuándo vas a traer el coche?

—Me lo pensaré. Todavía están las ruedas bien —contesta lamiéndole los labios juguetonamente.

Recibe una sonora palmada en el trasero.

—Chica mala...

Ella se levanta mientras se ríe.

—¿Te veré luego?

ÉL sonrío con picardía.

—Ya lo creo que sí.

—¿Cuándo? —pregunta ella con más insistencia de la que le hubiera gustado.

Ahora la sonrisa del hombre es ladina.

—¿Has oído alguna vez eso de ojo por ojo...?

—Sí, Carlos.

—Pues vete preparando, preciosura.

~\*\*\*~

—¡Clara, Clara! —llama Elena a su amiga, frenética—. ¡Desgarbado a tu derecha!

La aludida se gira y abre los ojos desmesuradamente.

—¡Ay, Dios! Este viene a liármela.

Se sienta muy erguida en su asiento y hace como que teclea en el ordenador. El bufete para el que trabaja es muy selecto, y teme lo que ese animal pueda hacer.

Finalmente, con semblante sombrío y serio (pura fachada. En sus ojos se veía que se estaba descojonando de su cara de pánico), Carlos toma asiento frente a ella.

—Buenos días, caballero. ¿En qué puedo ayudarle?

—Vengo buscando asesoramiento para un asunto legal.

—¿En concreto?

—Testamentos.

Ella pega un respingo. ÉL disimula una sonrisa.

— ¿Testamento? —Como él asiente, ella carraspea—. ¿Su testamento?

—Así es. Tengo el presentimiento de que voy a morir pronto.

"Cabrón..."

—¿Y eso?

—Bueeeeno. —Carlos mira a los lados y se inclina hacia adelante, como si fuera a contarle un secreto—. Hay por ahí una

loca pervertida que me acecha.

—Le acecha...

—Sí, sí. Y me va a matar.

—Volviendo al asunto del testamento... —dice cuando ve salir a su jefe del despacho.

—Ah, sí, el testamento. Pues quería saber qué tengo que hacer para dejar todas mis pertenencias en orden.

—¿Estamos hablando de muchas pertenencias?

—Éste —contesta ÉL llevándose una mano al corazón.

No puede evitar sentirse emocionada.

—Y... ¿hay muchos beneficiarios?

—Solo una persona.

—Y esa persona es... —anima ella a que continúe.

A la mierda con su jefe.

—La misma loca que me va a matar.

—¿Por qué está tan seguro de que le va a matar?

—Por hacer esto.

Sin decir nada más, se levanta de la silla y rodea su escritorio. Se inclina sobre ella y la besa con ardor.

Cuando se aparta, haciendo caso omiso a la cara de incredulidad y de disgusto de los presentes en el bufete, Carlos frunce el ceño y suelta un taco de los gordos.

—¡Seré gilipollas...! ¿Te importaría que arregláramos el asunto del testamento antes de matarme, preciosa?

~\*\*\*~

—Te voy a mataaaarrrrrr —exclama Clara cuando sale del despacho y me ve esperándola junto a su coche.

No puedo evitar sonreír de medio lado.

—Eso te pasa por ir de lista a mi trabajo. Además, ¿te avisé o no te avisé?

Clara encoje los dedos como si fueran unas garras y ruge de rabia.

—¡Aggg! ¿Sabe la que has podido armarme ahí dentro? Menos mal que Elena salió en mi defensa.

—¿Qué dijo? —pregunto, divertido al verla taaaaan enfadada.

Dios, esta mujer me vuelve loco.

—Que eras un enfermo terminal y por eso habías actuado así.

—Bueno —replico—, en eso no está muy equivocada. Voy a morir pronto, Clara —anuncio muy seriamente.

Clara me mira con los ojos desenchajados.

—¿Qué quieres decir?

—Que como no hagas algo al respecto, voy a terminar explotando, preciosura.

~\*\*\*~

Por primera vez en su vida, Clarita está nerviosa. Como ve que las manos le temblaban ligeramente, se las mete en los bolsillos.

Están en casa de Carlos, ella en medio del salón mirándolo todo como un conejillo asustadizo, y ÉL apoyado en la pared, mirándola entre divertido y hambriento.

—Y ahora, ¿por qué dudas? —pregunta ÉL en un susurro intencionado.

Clara traga saliva.

—No, no dudo. Sólo estoy nerviosa —contesta sin poder mirarle a los ojos.

Escucha los pasos de Carlos acercándose a ella. No puede evitarlo: tiembla.

Con una mano la agarra por la cintura y con la otra, tomándola por la barbilla, la obliga a mirarle.

—¿Tú? ¿La gran Clara? ¿La camaleónica? ¿La hembra que me ha vuelto loco en todos los sentidos? ¿Nerviosa?

—Sí. —Le mira fijamente y confiesa—: Es mi primera vez.

De no haber estado tan nerviosa, se habría echado a reír al ver la cara desencajada de Carlos.

—Venga ya...

—Sí, Carlos. Esta es mi primera vez. Nunca antes había hecho el amor.

—No puedo creer que nunca hayas tenido sexo.

—No, si de eso he tenido a montones —contesta ella—. Pero nunca he hecho el amor.

ÉL ríe por lo bajo y se pega a ella.

—Pues déjame enseñarte, preciosura...

~\*\*\*~

¿Qué puedo decir?

Hacer el amor con Clara es...

Ah, es la hostia. La puta hostia... Lo siento, no tengo palabras...

~\*\*\*~

Aquello era completamente distinto a todo cuanto había vivido y experimentado. Hacer el amor con Carlos era... sublime. Era tranquilidad e impaciencia. Calma y torbellino. Deseo desenfrenado y serena ternura. Salvajismo y delicadeza.

Era todo.

ÉL exploraba todo su cuerpo con una mezcla de curiosidad, como si ella fuera una exquisita especie desconocida.

La amó, la adoró, la reverenció. Tomó el control de todo, y, al mismo tiempo, lo perdió. Del todo.

Clarita rozó el cielo con las puntas de sus dedos, mientras su cuerpo se abrasaba en un fuego infernal.

El orgasmo que alcanzó (el primero de cinco), la dejó sorprendida. No se parecía a nada que hubiera sentido nunca. Mientras su cuerpo se estremecía y gritaba de asombro, sólo podía mirar a aquellos ojos castaños que brillaban en la oscuridad, que la devoraban y la abrasaban, que le declaraban lo que estaba sintiendo en esos momentos.

—Ay, Dioos —susurra con incredulidad cuando su cuerpo deja de temblar, mucho tiempo después—. Ay, ay y ay.

Carlos se ríe, una risa de regocijo y satisfacción viril.

—Y todavía no he empezado, preciosura.

—¡Ay, ay, ay!

Muchas horas después...

—Virgen Santísima, para un momento, por favor —suplica Clarita sin resuello, mientras trata de apartar las manos de Carlos y se aparta unos centímetros de ÉL.

—¿Por qué? Todavía no he terminado.

Clarita le mira la entrepierna y abre los ojos como platos cuando descubre que está preparado de nuevo. Se asusta cuando descubre que ella también lo está.

—Ay, ay, ay... ¿Te has tomado una viagra, o algo así?

—No.

—Joder, Carlos... No es normal que... ¿cuántas veces lo hemos hecho? ¿Siete, ocho?

—En realidad sólo han sido cuatro. —Sonríe de oreja a oreja—. Para mí, claro.

—Me duele la tripa de hacer fuerza. Y me duele la garganta de tanto jadear. Mejor me doy una ducha —dice de pronto cuando se da cuenta de que está empapada en sudor y de vete tú a saber qué más.

—Vale. Una ducha. Voy contigo.

—¡No, por Dios! —grita Clarita, horrorizada—. Si vienes conmigo vas a querer hacerlo otra vez.

La carcajada de él es de pura satisfacción masculina.

—Siempre voy a querer hacerlo otra vez —contesta levantándose de la cama y tomándola en brazos. Se mete con ella en la ducha y enciende el agua caliente antes de besarla—. Te avisé, preciosura. Y ahora es tarde para escapar de mí —dice en un susurro ronco. Un segundo después, está otra vez dentro de ella.

—Vale. Me quedo. Tienes unos métodos de persuasión un tanto... ¡ay, ay, ay!

# ***Something stupid***

And then I go and spoil it all /By saying something stupid

Like I love yo

(Y entonces llego yo y lo arruino todo /Diciendo algo estúpido como

Te quiero...)

Frank Sinatra

¿Qué es lo único que puede hacer un hombre que lleva demasiado tiempo refrenando su lengua para no cometer la estupidez de anticiparse a una declaración que quizá lo estropee todo?

¿Qué cojones hago yo ahora, cuando mi cuerpo, mi corazón y mi misma alma se mueren de ganas de gritar al mundo entero que la quiero?

~\*\*\*~

Clarita se despierta y se estira como un gato. Le duele todo el cuerpo, incluso algunos músculos que no sabe ni que existían. Mira a su derecha, pero suelta un suspiro de descontento cuando descubre que está sola. ¿Debía vestirse y marcharse? Y ÉL, ¿dónde estaría? Dudando, se levanta y se pone lo primero que pillá. Resulta ser la camiseta de Carlos. Aspira su aroma y se arma de valor para salir fuera del dormitorio.

Le encuentra en la cocina preparando unas tostadas. ÉL no sonrío al verla. Sólo la mira de arriba a abajo. Para variar, esta vez, no lo hace de abajo a arriba.

Clarita no sabe clasificar el gruñido que emite Carlos.

—Buenos días.

Gruñido.

—Ya veo que estás preparando el desayuno. —"Eso ha sido de lo más inteligente por tu parte, Clarita", se dice.

Carlos contesta con otro gruñido.

Clara se estruja el cerebro para decir algo, cualquier cosa. Aunque sea una estupidez...

Pero la estupidez que se muere de ganas de decir, no parece apropiada en estos momentos, así que...

—Esto... Creo que mejor me voy.

—¡Quieta ahí! —ruge ÉL. Realmente parece muy enfadado.

—¿Qué pasa? —pregunta con el corazón en vilo.

—Que tú no te vas a ninguna parte.

—Vale, sí. La mañana no es lo tuyo, ¿verdad? —Otro laaaaaargo gruñido—. Si estás enfadado...

—¡Pues claro que estoy enfadado! —trueno ÉL.

—¿Por qué?

—¿Por qué, por qué? —se burla Carlos—. ¿Tú qué te crees, eh? Puta la gracia que me hace todo esto...

—¿Qué es esto? —susurra ella acercándose a ÉL y agarrándole por la cintura.

—Joder, Clara. Yo no quería esto. No entraba dentro de mis planes.

—¿Acostarte conmigo?

—No. Eso no. Haberme enamorado de tí —susurra. Pero luego se aparta y comienza a gruñir.

—¿Te consuela si te digo que yo también me he enamorado de tí?

—Pues no, preciosura. Pero me alegro. Eso te pasa por haberme jodido la existencia.

—Yo no te he jodido.

—Ah, ¿no? —La agarra y la sienta en la encimera. Se acopla entre sus piernas y se baja el pantalón—. Ya veremos si me jodes o no, preciosura.

Minutos más tarde, estaban abrazados y tratando de recuperar el aliento.

—Me equivoqué —dice Clara con una sonrisa.

—¿En qué?

Clara amplía la sonrisa.

—Las mañanas sí son lo tuyo.

~\*\*\*~

—Este puente me voy a Asturias.

Clarita se gira en la cama y mira a Carlos. ÉL mira al techo, las manos cruzadas en la nuca y una pierna flexionada.

—Ah —susurra desencantada. Había pensado sorprenderle con una escapada romántica—. Te echaré de menos.

Carlos gira la cabeza para mirarla y frunce el ceño.

—¿Por qué?

Clara bufa.

—Eres lo más pedante del mundo, Carlos. Voy a estar tres días sin verte, ¿y esperas que no te eche de menos?

—Ah, preciosura, pero es que sí me vas a ver —replica ÉL.

—¿Acaso me vas a dar una foto, o algo así?

—Algo así.

Clara bufa de nuevo. En realidad lo hace para ocultar lo mucho que le entristece separarse de ÉL.

—Y ahora, preciosura, vete a casa. Tengo muchas cosas que preparar.—Canalla... —. Y tú, también.

—¿Yo, por qué?

Carlos se gira del todo y se coloca sobre ella. La mira a los ojos, pero sus labios no esbozan ninguna sonrisa. De eso ya se encargan sus ojos...

—Porque tú te vienes conmigo.

—¿En serio?

—Aja. ¿Acaso crees que voy a dejar a mi novia sola durante tres días? ¿Con lo buenorra que estás? ¿Para que se echen sobre ti esos buitres que tienes por amigos?

La besa suavemente durante un largo rato. Luego se aparta y susurra junto a sus labios:

—¿Acaso crees que soy tan masoca como para estar tantísimo tiempo apartado de ti?

~\*\*\*~

—Nuestro primer viaje juntos... ¿Dónde nos alojaremos? — pregunta Clara, totalmente entusiasmada.

—En casa de mis padres.

Clara abre los ojos como platos y suelta un grito. Me encanta cuando se pone en plan histérica.

—¡¿Tus padres?! Ay, Dios. Voy a matarte, Carlos.

—Ahora no vengas con memeces, preciosura. Tú solita te lo has buscado.

Clara guarda silencio. Por la fuerza con la que se está mordiendo el labio, sé que algo le ronda por la cabeza. Y nada bueno.

—¿Y si no les gusto? —pregunta al cabo de un rato.

—Les gustarás —afirmo con total convicción. Le regalo una sonrisa para tranquilizarla, pero luego frunzo el ceño—. Oye, Clara, debo prevenirte de algo.

Ay, Dios. Eso había sonado fatal. Y a tenor por su cara de pánico, a ella tampoco le había sonado bien.

—¿De qué?

—Pues... verás... Somos muchos hermanos y... a veces somos un poco brutos. No te asustes si ves alguna que otra pelea.

—¿Cuántos hermanos? ¿Y qué tipo de peleas? ¿De esas de gritos y reproches?

—Cinco varones y dos hembras. Las peleas son más del tipo de aporrearnos hasta perder el sentido. Sobre todo, en esta ocasión.

—¿En esta? ¿Por qué? —me pregunta.

Me meso el cabello y la miro de reojo.

—Pues porque mis hermanos querrán acaparar tu atención. Y me veré obligado a partirles las piernas...

~\*\*\*~

Tan pronto traspasan la puerta principal, se ven rodeados. Un hombre de más de dos metros. Una mujer menuda pero con una vitalidad increíble. Cinco réplicas de Carlos y dos versiones bellísimas de la mujer menuda.

Y todos, incluido un mastín, les miran en silencio, con los ojos y la boca abiertos y una expresión de incredulidad.

Clara se hubiera echado a reír de no haber estado tan nerviosa.

Un brazo rodea su hombro y la obliga a pegarse a un cuerpo. Resulta ser el de Carlos. Aparta la vista de su público y le mira a ÉL.

Carlos tiene la barbilla alzada y un claro gesto de desafío.

—Ella es Clara. Y es mía —añade en un susurro amenazador—. Nadie la tocará. Nadie hará mención de su hermosura. Nadie la

avergonzará. Nadie hará un comentario sobre sus piernas, por muy bonitas que éstas sean. Nadie hablará sobre la dureza de su trasero. Y nadie, nadie, dirá ni una palabra sobre sus supertetas. Vosotros — señala a sus hermanos—, no la miraréis. Si lo hacéis...

Se pasa un dedo por el cuello a la vez que hace un ruido desgarrador con su garganta.

~\*\*\*~

Pese a mis palabras, pese a mis advertencias, sabía lo que iba a pasar. Al contrario que otras veces, en esta ocasión sólo tuve que contar hasta cinco para que se liara parda.

Sonrío. Ya sabía yo que ella iba a ser aceptada.

~\*\*\*~

Clara no puede determinar qué fue lo que desencadenó el caos.

Tal vez fuese que el que supuso sería el menor de los hermanos trató de darle dos besos. O quizá el comentario del único rubio sobre el placer que le producía haberla conocido. Tal vez fuese la sonrisa seductora que le dedicó el de la camiseta roja.

En cualquier caso, Carlos comenzó a soltar mamporros a todo lo que se le ponía por delante.

—Bienvenida a la familia, hija —dice la mujer menuda con afecto.

~\*\*\*~

—Pero mira que eres burro... ¿Cómo se te ocurre liarte a puñetazo limpio contra cuatro?

—Cinco —contesta Carlos. Hace una mueca de dolor cuando ella le limpia el labio con agua oxigenada—. ¡Joder, que eso duele!

—Anda, quejica. Hace un rato no te quejabas, cuando te comportabas como un neandertal. —Clara se ríe y le mira con ternura—. Por poco te matan.

—Bueno, si mal no recuerdo, una vez dijiste que tus besos resucitaban —susurra ÉL.

Ya tenía las manos metidas dentro de su blusa y trataba de subírsela.

—¿Estás loco? —musita ella, mirando de reajo la puerta—. Alguien podría pasar y... ¡Carlos!

—¡Clara! —se burla ÉL. Ya le ha desabrochado el vaquero y se lo está bajando.

—¿Quieres dejar de comportarte como un animal en celo?

—Yo no me comporto como un animal en celo, preciosura. Sólo quiero marcarte para que todos sepan a quién perteneces. A mí.

—Eres lo más... lo más... lo más... ¡Ay, ay, ay!

~\*\*\*~

Ahora que sé que Clarita es mía, que me quiere por mí mismo, es hora de que le diga la verdad.

—¿Qué te parece?

Clara mira al frente con la boca completamente abierta.

—¿To-todo esto es... vuestro? —pregunta al ver el extenso terreno y la cantidad de vacas dispersas por él.

—Sí. Pero es sólo una pequeña parte...

Clara traga saliva, pero luego, cuando se gira a mirarme y ve la risa en mi rostro, frunce el ceño.

—Te estás quedando conmigo.

—Puede ser —confieso—. Pero, ¿a que molaría que tuviera tanta pasta como has imaginado?

— Joder, Carlos... Nunca he ido contigo en ese plan.

—Cierto. A ti lo único que te interesaba era violarme.

—Gilipollas...

—Vamos, preciosura. Confiésalo —le pido mientras la abrazo.

—¿Qué quieres que confiese?

—Qué fue lo que te atrajo de mí.

—Ah. Pues que NO eras.

—¿Que NO era? —pregunto, totalmente perplejo.

—Exacto.

—¿Y qué NO era? —insisto, ahora divertido al ver que ella se sonroja.

Clara sonrío de medio lado y me echa los brazos al cuello. De no estar tan interesado en la respuesta, la habría besado. Pero espero, espero, espero y...luego, contesta:

—Uno más.

~\*\*\*~

Nadie habla. Todos están en completo silencio.

Carlos mira a sus hermanos.

Sus hermanos miran a Clara.

Clara mira a su plato.

De pronto, Carlos golpea la mesa con el puño.

—¿Queréis dejar de mirarla así? —Se gira hacia Clara y frunce el ceño—. Y tú, ¿tenías que ponerte esa camiseta?

Clara mira a las demás mujeres, buscando ayuda.

No obtiene ninguna. Eso la cabrea.

—No sé que tiene de malo mi camiseta.

—Es por la tela, hija mía —dice la madre de Carlos con calma.

—¿La.. la tela?

—La escasez de ella —agrega Carlos entre dientes.

—Vamos, por favor... —bufa Clara—. Si es la más discreta que tengo.

Los hombres comienzan a gruñir por lo bajo. Carlos, el que más. Cansado, se quita su propia camiseta y se la tiende.

—Toma. Así todos podremos comer en paz.

Clara la aparta a un lado y se levanta airada.

—No voy a ponerme tu camiseta. No tengo la culpa de que tus hermanos sean unos salidos que no puedan apartar los ojos de mis tetas.

—Joder, Clara. Pero es que tus tetas son... —comienza a decir una de las hermanas.

—Enormes —termina la madre, sin mirarla y con una sonrisa pícar—. Ya, ya. Tengamos la comida en paz.

Todos agachan la cabeza ante la orden de la matriarca y se concentran en sus platos.

—¿Qué hay de segundo, mamá? —pregunta una de las hermanas, sólo para romper el silencio.

La madre no mira a nadie en concreto cuando responde:

—Pechugas. Pechugas rellenas.

~\*\*\*~

—Y ahora, ¿qué te pasa?

Clara se da la vuelta y me mira con los ojos entrecerrados. Su rostro es la misma imagen del enfado.

—¿Que qué me pasa? ¿Que qué me pasa? ¡Tú! Eso es lo que me pasa.

—¿Y yo qué he hecho? —pregunto, totalmente ignorante al enojo de mi chica.

—Ser un completo y absoluto Neanderthal. No puedes ir por la vida con esa actitud de macho... dominante —escupe la palabra—. No soy de tu propiedad. Soy libre para ponerme lo que quiera, por muy escotada que sea la camiseta y por muy corta que sea la falda. Soy una mujer lista, independiente y guapa. No necesito a un matón del tres al cuarto que me diga lo que tengo que hacer, decir y mucho menos vestir.

La miro de arriba a abajo y sonrío, divertido.

—Y todo esto, ¿por lo de la cena?

—Sí, por lo de la cena. Y por lo de la comida, el desayuno... Dios, tu familia debe odiarme.

—¿Y por qué iban a odiarte a ti?

—Si yo no hubiera venido, tú no estarías todo el día de pelea con tus hermanos.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada.

—Ingenua... —La agarro por la cintura y apoyo la frente en la de ella—. Si no hubieras venido, nos habiéramos peleado por cualquier otro motivo. Y además... —sonrío con picardía—, ese otro motivo no es la mitad de excitante que tú.

—Canalla... —susurra Clara, antes de apoderarme de sus labios.

—¿No puedes ir más despacio?

—Ya estamos —protesta Carlos, mirándola de reojo con cara de malas pulgas—. Primero empiezan con la velocidad, luego con el corte de pelo y terminan chupándote la sangre...

Clara le golpea en el hombro.

—Eres un gilipollas.

—Y entonces, ¿por qué coño estás conmigo?

—Seré masoca.

—Anda, coño. No sabía que ibas de ese palo —se ríe ÉL—. Y yo resistiéndome las ganas de azotar ese culo blanquito y respingón...

—¡Calla ya.... so burro! —se ríe ella.

—Pa burro lo que me pones, preciosura.

# ***Estar contigo***

Estar contigo/es que cada día sea diferente  
siempre hay algo que consigue sorprenderme  
es como un juego que me divierte...

Alex Ubago

—Y dime, Clara, ¿todavía no te has cansado del desgarrado?

Clara lo piensa detenidamente y niega con la cabeza.

—¿Te cansarías tú de comer chocolate?

Su amiga, tal y como hiciera ella antes, estuvo sopesando la pregunta.

—Joder —termina mascullando Elena. El chocolate es sagrado. Casi tanto como el batido de fresa para Clara—. Pues sí que va en serio la cosa. Quizá sea el hombre de tu vida, después de todo.

—Quizá no. Lo es. Lo supe en cuanto me soltó aquella sarta de borderías.

—Clara —regaña Elena entre risas—. No tienes remedio.

—Ni quiero tenerlo. Soy feliz así.

— Sí. En tu mundo de Yupi...

No tenía Elena ni idea de cuán acertadas eran sus palabras...

~\*\*\*~

—¿Cómo que quieres dejarlo? —casi grita ella.

—Pues eso. Que quiero dejarlo.

Veo las lágrimas aflorar a sus ojos. Sé que las hubiera dejado brotar de no ser por mi actitud pasiva e indiferente.

—Capullo... —termina diciendo, la barbilla trémula por el llanto y la rabia contenidos—. Me llevas a conocer a tus padres, ¿y ahora me dices, así, como el que no quiere la cosa, que quieres dejarlo, que no quieres verme más, que...?

—Soooooo —interrumpo, totalmente divertido—. Yo no he dicho nada de no verte más.

Clara deja de pasearse y se detiene frente a mí. Pone los brazos en jarras y me asesina con la mirada.

Me gusta cuando se enfurece de esa forma. A Capitán América, también.

—No esperarás que, sintiendo lo que siento por ti, me voy a conformar con echar un polvo de vez en cuando y...

—Equilicua —vuelvo a interrumpir.

De tener un cuchillo a mano, Clara me lo habría clavado. ¡Zas, Zas!

—¿Equilicua? ¿Y eso qué mierda quiere decir?

—Pues eso. Que estamos de acuerdo.

—¿En qué estamos de acuerdo?

—En dejar lo que tenemos ahora.

Clara grita. Supongo que de frustración.

Sí, es de frustración, porque ahora se está tirando de los pelos.

—¡Agggggg! ¡No te entiendo!

—Joder, pues está más claro que el agua. Que me he cansado de esta relación.

—Vale. Adiós.

—¿Dónde crees que vas? —grito cuando ella enfila hacia la puerta.

—A ver, machote, aclárate. ¿Lo dejamos o no?

—La relación que llevábamos, sí. Por eso, te vas a venir a vivir conmigo, preciosura.

~\*\*\*~

—Todavía no me has dicho qué hacemos aquí.

Carlos la mira por encima del hombro y camina por la estancia vacía. Tiene los brazos extendidos, intentando abarcar el espacio.

—Aquí pondré mi despacho.

Clara alza las cejas.

—¿Tu... despacho?

—Claro. Todo hombre que se precie tiene que tener su despacho, con su mesa de escritorio, su ordenador...

—Para ver porno —añade Clara entre risas.

—... para ver porno —confirma ÉL —. ¿A que mola?

—¿Que veas porno?

Carlos resopla.

—No, preciosura. Nuestra casa.

Clara pega un respingo y suelta un gritito.

—Pero... ¿qué me estás contando? —casi grita eufórica.

—Pues eso. Que esta será nuestra casa. ¿O qué te creías, que iba a meter a mi loca en el cuchitril en el que vivo?

—Pero, pero... —tartamudea Clara, totalmente confundida e incrédula—. ¿Cómo vamos a pagar este pedazo de chalet?

Carlos se ríe por lo bajo.

—O sea, que cuando te dije en Asturias que estaba forrado, no te lo creíste.

—Pues... más bien no.

—Guay —dice ÉL con una enorme sonrisa—. Entonces ahora tengo claro porqué estás conmigo.

—¿Y por qué será? —pregunta ella, picarona y traviesa cuando Carlos la toma entre sus brazos.

—¿Por qué va a ser? ¡Por mi po...

—¡Carlos!

—... lla!

# ***The power of goodbye***

There's nothing left to try / there's no place left to hide

There's no greater power / Than the power of good-bye

(No hay nada más que intentar / No hay lugar donde esconderse

No hay mayor poder/ que el poder del adiós...)

Madonna

Clarita mira sin ver el sobre que sus manos temblorosas sostienen. Mira a su alrededor, un tanto perpleja, casi incluso asustada. Agradece que Carlos no haya llegado todavía a casa.

Hecha un flan, abre el sobre y lee el contenido.

Respuesta: positiva.

Pero... ¿la esperada?

Ahora ya no sabe qué pensar...

~\*\*\*~

Como en los últimos meses, me descalzo en la entrada del chalet, tomándome mi tiempo en hacerlo. Espero, con una sonrisilla, a escuchar sus pasos corriendo para recibirme. Mi cuerpo tiembla de necesidad y anticipación.

Capitán América, también.

Me dejo de tonterías y de gilipolleces cuando, al cabo de unos largos minutos, ella no se abalanza sobre mí.

Vaya, quizá todavía no ha llegado a casa. O quizá está por ahí de compras... O vete tú a saber.

Es totalmente impredecible. Y eso, me encanta.

—¿Clara? —llamo.

Aparece finalmente frente a mí.

Pálida. Ojerosa. Los ojos enrojecidos. El rictus de su boca desencajado...

Como un puto espectro.

—¿Qué pasa, niña? —pregunto, salvando la distancia que nos separa.

Ella rechaza mi abrazo.

Y yo, por primera vez en mi vida, me acojono.

Porque algo malo –muy malo– sucede. Y yo no sé si quiero saberlo...

~\*\*\*~

Clara le tiende la carta.

ÉL hace amago de leerla, pero se la devuelve rápidamente, junto a una mirada interrogativa.

—No sé inglés —se excusa.

Clara suspira. Al hacerlo, se le escapa un sollozo.

—Es algo que llevo esperando desde hace tres años.

—¿Qué, hostias? —pregunta Carlos, tan enfadado como impaciente —. ¿Qué coño puede estar esperando una persona que la ponga en este patético estado, Clara?

Clara mira al techo antes de contestar. Luego, anuncia:

—Han aceptado mi candidatura para trabajar en un bufete de prestigio, en H.M & C.

Carlos frunce el ceño.

—Pero, eso es bueno, ¿no?

Clara asiente.

—Es una oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida.

ÉL asiente para indicar que está totalmente de acuerdo con ella. Clara le lanza una mirada casi de disculpa.

Carlos no tarda en volver a fruncir el ceño.

—Pero...

—Pero es en Boston.

Carlos pega un respingo.

—¿Boston, Boston? ¿El Boston de Estados Unidos?

Clara asiente.

Carlos la mira durante una eternidad. O dos. O tres...

Hasta que se ríe de pura incredulidad.

—Esto no me puede estar pasando a mí... Bueno, supongo que tendremos que hablarlo y...

—Ya les he contestado —corta ella, sin ser capaz de mirarle a los ojos.

ÉL vuelve a mirarla. No de arriba a abajo. Ni de abajo a arriba.

Lo hace a los ojos. Directa e implacablemente.

—¿Y?

Diossssss... Le estaba desgarrando el corazón.

A sí misma, también.

—Les he dicho que sí —susurra.

Primero, el sonido de un aliento contenido.

Después, silencio.

Finalmente, se escucha un estrépito.

Clara no se atreve a mirar qué ha sido.

—¿Y yo no tengo nada que decir al respecto? —Es asombrosa la calma con la que ÉL hace la pregunta.

—¡Se trata de mi vida! —termina gritando ella—. ¿Sabes lo que esto significa? Casos importantes, Carlos. ¡Importantes! —Para convencerle a ÉL, y a sí misma, comienza a pasearse de un lado a otro—. Estamos hablando de Multinacionales. De arbitrios. De fusiones. ¡Tengo un coeficiente de 157! Yo puedo llegar lejos, Carlos. Muy lejos. ¡Perdóname si aspiro a algo más que a llevar una vida de mierda!

Carlos la mira como si no la conociera.

Durante mucho tiempo. Demasiado. Finalmente, y después de rugir, de llevarse las manos al pelo, de pasearse como un animal enjaulado, dice:

—Te... tengo que pirarme de aquí...

—¿No vas a decir nada más? —se atreve a preguntar Clara.

—Sí —responde ÉL—. Adiós

Y se fue.

~\*\*\*~

Corro, corro, corro...

Lo hago sin parar. Sin sentido. Sin orden ni concierto. Necesito el dolor físico de una carrera extrema. Todo. Algo. Cualquier cosa que disfrace el insoportable y tortuoso sufrimiento de mi alma desgarrada.

Corro, corro, corro...

No puedo pensar en ella ahora. Ella no es ELLA. No es mi niña. Mi Todo. La razón de mi existir.

Ella no es la misma chica de la que me enamoré. Aquella a la que le cambié una rueda en la cuneta de una carretera. Aquella que, mientras yo intentaba no distraerme con sus supertetas – y con sus super piernas – alardeaba de que se acababa de licenciar en derecho y que iba a cambiar el mundo.

Aquella que creía, además, que realmente podía a hacerlo.

Aquella no era la chica que un año después colaboraba altruistamente en una asociación de mujeres maltratadas.

Aquella que, con un par de cojones, se independizó de sus padres en todos los sentidos y demostró a todos que podía valerse por sí misma.

Aquella que donó las ganancias de una buena inversión en bolsa a una organización contra el cáncer infantil.

No, la arpía que me hablaba de fusiones, de multinacionales y de yo qué se qué mierdas no era mi Clarita.

Dejo de correr. Miro a mi alrededor, pero no sé dónde estoy.  
Me doy la vuelta para volver...

Pero entonces descubro que no tengo adónde ir.

Han destruido mi particular mundo de Yupi.

# ***Mi casa está donde estás tú***

Mi casa está donde estás tú /Los mismos ojos, la misma luz

Mi casa está donde estas tú /Los mismos clavos, la misma cruz.

Marea (Los mismos clavos)

Dos meses, son muchos meses.

Claro, que suena mejor decir dos meses, que decir sesenta días, o mil cuatrocientas cuarenta horas, o que ochenta y seis mil cuatrocientos minutos...

Se mire como se mire, es demasiado tiempo.

Y demasiada oscuridad... en el cielo, en los edificios, en su propia ropa.

Clarita se mira a sí misma, suspira y cierra los ojos. Así es su vida ahora. Oscura. Tétrica... Lóbrega. Así es su vida desde que ÉL no está en ella.

Decide parar de trabajar y bajar a tomarse un café. O esa mierda aguada que allí llamaban café. Ella necesita uno bien fuerte.

Amargo. Oscuro. Casi ofensivo.

Se sienta en el rincón más alejado de la cafetería, esperando que lo oscuro de su ropaje, lo sombrío de su rostro y la negrura de su aura la envuelvan en su caparazón de invisibilidad.

Un camarero viene a tomarle nota. Ella prácticamente la masculla.

Piensa en otra época, no muy lejana. En otro lugar. En otro mundo.

Un mundo donde el color rosa regía su vida, donde, en contraste, contaba con su particular príncipe Azul. Un mundo de risas, de duelos verbales, de juegos de alcoba, de brazos que refugian y miradas que embriagan de amor...

El camarero por fin trae su café.

Pero no es café.

Es un apetitoso y rosado batido de fresa.

—Disculpe, pero se ha equivocado...

Grita.

Un desgarrado y desaliñado Carlos se deja caer en el asiento frente a ella.

—No, preciosura. Eres tú la que se ha equivocado. Eres tú, la arpía que se ha apoderado de mi niña, la que no tiene ni puñetera idea de qué va la cosa.

Clara se queda muda. Paralizada. No... no sabe qué hacer. No... no puede hacer nada.

—Te cuento —comienza a decir ÉL, inclinándose hacia adelante, como si fuera a contarle un secreto—. Tu vida, independientemente de lo creas, no era una mierda. Una mierda es esto. Es trabajar para unos tipos que sólo piensan en hacer dinero, dinero y más dinero. Una mierda es vestir siempre de negro. Una mierda es atiborrarse a café. Una mierda es ganar un pastizal y no ser feliz. Ahora, contesta, muy seriamente, Clarita, ¿me he equivocado?

Clara atina a negar con la cabeza. Carlos sonrío en respuesta.

—Cojonudo. —Se frota las manos y se las calienta con su aliento—. Me cagüen la puta, qué frío que hace en este puto pueblo. —La mira de arriba a abajo, y de abajo a arriba, previa parada en sus tetas—. ¿Qué pasa, tía?

Clara parpadea. Sólo parpadea. Quiere reír, llorar, saltar de alegría... morirse de felicidad. Pero sólo... parpadea.

—Toma —dice, acercando el batido a ella—. Bebe y aliméntate. Joder... te estás quedando en los huesos. Ya descubriré luego si también has perdido tetas. Como sea así, te vas a enterar. Con lo que me gustaba a mí como estaban Izquierda y Derecha.

—¿Qué... qué... qué haces... aquí? —balbucea. O lo intenta.

ÉL frunce el ceño.

—¿Que qué hago aquí? —Primero gruñe, y luego bufa—. Perdona, mocosa, pero yo estoy en mi casa.

Clara hace una mueca de sorpresa.

—¿En tu... casa?

Carlos se levanta, rodea la mesa y se sienta a su lado. Al segundo, la abraza.

—Sí, preciosura. Mi casa está donde estás tú...

~\*\*\*~

Le cuento cómo la conocí cuando reventó la rueda y, cual caballero andante, fui al rescate con mi taller móvil. Le cuento que me quedé tan impresionado con sus supertetas, que le hice todo el lío para que me diera todos sus datos. Le cuento cómo me enamoré. Le cuento por qué me enamoré. Le cuento cómo me mantuve en las sombras durante tres años. Cómo me tragaba las ganas de matar a los chicos con los que ella salía. Le cuento cómo sabía todo de ella gracias a que la busqué en Facebook y le mandé amistad. Le cuento que, durante tres largos y solitarios años, había rozado el acoso.

Ella se ríe mientras se lo cuento.

Yo, me muero por besarla.

Le cuento también que me odié por haberme comportado como un puto egoísta, por no haberla escuchado, por haber antepuesto lo nuestro a sus sueños y que lo único en lo que pensaba era en que me habían robado a mi Clarita.

Le cuento que la odié a ella un poquito por no haberme incluido en sus planes de futuro, por no haber contado conmigo para tomar la decisión final.

Le cuento que durante dos putos meses casi me vuelvo loco. Que me debatía entre el orgullo, la razón y el corazón.

Le cuento que Capitán América está enfadado con ella, pero que si le da un besito, la perdona.

Le pido disculpas. Acepto las tuyas.

Y, cuando ya no puedo más, paso del resto del mundo, la tomo en mis brazos y la beso con toda el ansia acumulada desde... siempre.

¡Ah, qué bien se está en casa, hostias!

~\*\*\*~

—¿Qué fue lo que te hizo venir a buscarme? —pregunta cuando Carlos por fin se aparta de ella... después que el camarero tuviera que llamarles la atención unas cinco o seis veces.

Carlos se encoge de hombros.

—Un cúmulo de cosas. Tal vez me convencieron tus cuatrocientos cuarenta y siete emails. O que Elena me dijo que siempre ibas de negro. O que te estabas atiborrando a café.

Le quita el batido de las manos y bebe un sorbo. Pone cara de asco. Luego la besa, sonrío y le acaricia el labio inferior.

—O, tal vez, porque no puedo vivir sin ti.

~\*\*\*~

Llegamos al apartamento que Clara tiene en Boston. Silbo, maravillado. Vaya, realmente deben pagarle un pastón.

Voy a preguntarle por la cantidad cuando, de pronto, ella se abalanza sobre mí. Me besa, me lame, me muerde... Y yo la beso, la lamo, la muerdo...

Y ya no puedo pensar en nada que no sea en estar dentro de ella. Sucede inmediatamente. Allí, en medio del pasillo. A medio desvestir.

—Ah, la hostia —susurro maravillado cuando, ¡por fin!, consigo penetrarla.

No tardamos en caer al suelo, rendidos, vencidos, satisfechos... enamorados.

La tomo en brazos para llevarla al dormitorio y hacer el amor como Dios quiere y manda. Al traspasar la puerta, veo que tiene hechas las maletas... o que no las ha deshecho aún.

—¿Y eso? —pregunto con curiosidad.

Ella mira en la dirección que le indico con la cabeza. Sonríe y se encoge de hombros.

—Me marchaba.

—¿Adónde? —insisto.

Clara agarra un sobre de la mesilla de noche y me lo entrega.  
Es un billete de avión a... España. Sólo de ida.

—A mi mundo de Yupi.

Ya no. Ya es imposible borrar la sonrisa de gilipollas que tengo.  
Nunca.

*¿Fin?*

## ***¡Ni de coña!***

Siempre he pensado que las historias de amor, de las del verdadero, nunca terminan. Por ese motivo, la historia de Carlos y Clara no debe quedarse aquí.

Sí, es muy posible que en mi mundo particular, en eso que muchos llaman blog, continúe con su historia.

¿Qué no?

Os animo a comprobarlo.

[www.lalanuno.blogspot.com](http://www.lalanuno.blogspot.com)

Y ahora, de regalo, he aquí algunos esbozos de lo que será su vida en pareja...

~\*\*\*~

Clara entra en su nueva casa dando un portazo y entra al salón con cara de malas pulgas.

Carlos resopla. Fin de la paz.

—¿Qué? —pregunta algo rudo.

—Me han despedido. ¿Te lo puedes creer?

Carlos se incorpora a medias y la llama para que se siente en su regazo.

—¿Te han dado alguna explicación?

—Oh, claro. La gran Crisis. De eso se valen los muy hijos de la miseria. Bien sabemos todos que les jodió cuando pedí la excedencia. ¿Qué voy a hacer ahora, eh? Con lo mal que está el curro...

—Calla, loca. Que tengo la solución perfecta para tu problema.

—Ahora no, Carlos, que no está el horno para bollos —protesta ella cuando ÉL comienza a manosearla.

—Joder, que hablo en serio.

Clara le mira muy seriamente. Ese bandido se traía algo entre manos...

—A ver, ¿cuál es tu solución?

—Pues verás... en el taller no doy a basto, así que tú te podrías encargar de todo el papeleo.

Clara esboza una sonrisa radiante.

—¿Quieres que sea tu secretaria?

Carlos asiente sin dejar de mirar sus labios, pero luego pega un respingo.

—Jesús, cómo me pone esa idea... —susurra roncamente.

—Pues verás cuando me ponga uno de mis modelitos de secretaria.

—¿Con gafitas y todo, preciosura?

—Con gafitas y todo —contesta ella picarona.

—Madre de Dios... ¡La que me espera!

# Índice

## [Sinopsis](#)

graph-definition>

## [Y esta, ¿quién es?](#)

i.

graph-definition>

## [AVISO!](#)

graph-definition>

## [Dedicatoria](#)

graph-definition>

## [Banda sonora \(o cuasi índice\)](#)

graph-definition>

## [Who's that girl?](#)

graph-definition>

## [Sweet child of mine](#)

graph-definition>

[Material\\_girl](#)

graph-definition>

[Vive mirando una estrella](#)

graph-definition>

[Dame una cita](#)

graph-definition>

[Where are you been?](#)

graph-definition>

[Wicked Game](#)

graph-definition>

[My favourite game](#)

graph-definition>

[Todos me dicen](#)

graph-definition>

[Nothing else matters](#)

graph-definition>

[Poison](#)

graph-definition>

[Everytime we touch](#)

graph-definition>

[Mi gran noche](#)

graph-definition>

[Something stupid](#)

graph-definition>

[Estar contigo](#)

graph-definition>

[The power of goodbye](#)

graph-definition>

[Mi casa está donde estás tú](#)

.i.

graph-definition>

[Ni de coña!](#)